

Problemas de la vida cotidiana

León Trotsky
1923

Edicions Internacionals Sedov
Serie Trotsky inédito en internet y en castellano
2ª edición (con un anexo)
Valencia 2015

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

(El anexo, “Cultura y revolución”, fue publicado en *Clarté*, número 46, 1 de noviembre de 1923. Versión castellana desde *Cahiers Léon Trotsky*, número 47, enero de 1992)

Índice

I - NO SOLO DE “POLITICA” VIVE EL HOMBRE	2
USOS Y COSTUMBRES	7
ALCOHOL, IGLESIA Y CINE	11
IV - DE LA VIEJA A LA NUEVA FAMILIA	13
V - LA FAMILIA Y LA CEREMONIA.....	19
VI - CIVILIDAD Y CORTESIA COMO NECESARIO LUBRICANTE DE LAS RELACIONES COTIDIANAS	21
VII - LA LUCHA POR UN LENGUAJE CULTO.....	24
VIII - CONTRA LA BUROCRACIA, PROGRESISTA Y NO PROGRESISTA.....	27
IX - COMO EMPEZAR.....	30
ANEXO: REVOLUCIÓN Y CULTURA.....	35

I - NO SOLO DE “POLITICA” VIVE EL HOMBRE

La historia prerrevolucionaria de nuestro partido fue la de la política revolucionaria. La literatura, la organización del partido, todo era dictado por la política en el sentido más estricto e inmediato, en el sentido más estrecho del término. Durante los años de revolución y de guerra civil, los intereses y las tareas políticas han revestido un carácter más urgente y más tenso aún. En el curso de esos años, el partido ha sabido agrupar a los elementos más activos de la clase obrera. Sin embargo, la clase obrera conoce los resultados políticos más *importantes* de esos años. La pura y simple repetición de esos resultados ya no le ofrece nada, más bien contribuye a borrar de su espíritu las enseñanzas del pasado. Después de la toma del poder y de su consolidación a raíz de la guerra civil, nuestras tareas principales se han desplazado en dirección a la edificación económico-cultural; estas tareas se han complicado, fraccionado, detallado, convirtiéndose, en cierto modo, en “prosaicas”. Al mismo tiempo toda nuestra lucha anterior, sus penas y sus sacrificios se justificarán sólo en la medida en que aprendamos a formular correctamente nuestras tareas “culturales” parciales, diarias, y a resolverlas.

¿En qué consisten, en definitiva, las adquisiciones de la clase obrera? ¿Qué ha podido asegurarse mediante la lucha llevada a cabo hasta el presente?

1.- La dictadura del proletariado (por medio del estado obrero y campesino dirigido por el partido comunista).

2.- El ejército rojo, sostén material de la dictadura del proletariado.

3.- La nacionalización de los medios de producción más importantes, sin los cuales la dictadura del proletariado no sería sino una mera fórmula.

4.- El monopolio del comercio exterior, requisito indispensable para la edificación socialista, dado el cerco capitalista.

Esos cuatro elementos, irrevocablemente adquiridos, constituyen el marco de bronce de nuestro trabajo. Gracias a este marco, cada uno de nuestros éxitos económicos y culturales será forzosamente (siempre y cuando se trate de éxitos reales y no supuestos) parte integrante del edificio socialista.

¿En qué consiste, pues, nuestra tarea actual? ¿Qué debemos aprender? ¿A qué debemos tender ante todo? Tenemos que aprender a trabajar correctamente, de manera exacta, esmerada, económica. Necesitamos cultura en el trabajo, cultura en la vida, cultura en la vida cotidiana. Hemos derribado el reino de los explotadores (después de una larga preparación) gracias a la palanca de la insurrección armada. No existe palanca apropiada para elevar de un sólo golpe el nivel cultural. Esto requiere un largo proceso de autoeducación de la clase obrera acompañada y seguida por el campesinado. Sobre ese cambio de orientación de nuestra atención, de nuestros esfuerzos, de nuestros métodos, el camarada Lenin escribe en su artículo dedicado a la cooperación:

“Nos vemos forzados a admitir que nuestra posición con relación al socialismo se ha modificado radicalmente. Ese cambio radical consiste en que antes nuestros principales esfuerzos se dirigían necesariamente a la lucha política, la revolución, la conquista del poder, etc. Mientras que ahora el centro de gravedad se desplaza de tal manera, que llegará a situarse en el trabajo pacífico de organización cultural. Estoy dispuesto a afirmar que el centro de gravedad debería situarse en el trabajo cultural, si no fuera por las condiciones internacionales y la necesidad de luchar por nuestra posición en escala internacional. Pero si dejamos de lado este factor, si nos limitamos a las condiciones económicas internas, el esfuerzo esencial debe dedicarse al trabajo cultural.”

Por consiguiente, las tareas exigidas por nuestra situación internacional nos apartan de nuestro trabajo cultural, aunque esto sea cierto sólo a medias, como vamos a ver. En nuestra situación internacional, el factor principal es el de la defensa del estado, es decir, en primera línea el ejército rojo. En este plano extremadamente importante, las nueve décimas partes de nuestra tarea desembocan en el trabajo cultural: hay que elevar el nivel del ejército, ante todo hace falta que sepa leer y escribir; hay que enseñarle a servirse de un manual, de libros, de mapas geográficos; hay que acostumbrarlo a un mayor esmero, exactitud, corrección, economía, facultad de observación. Ningún milagro resolverá de un sólo golpe esta tarea. Después de la guerra civil, durante la transición hacia la nueva época, el intento por dotar nuestro trabajo de una saludable “doctrina de guerra proletaria” fue el ejemplo más flagrante, el más evidente de la incompreensión opuesta a las tareas de la nueva época. Los proyectos extravagantes, tendientes a la creación de laboratorios destinados a elaborar una “cultura proletaria” proceden de la misma fuente. Esta búsqueda de la piedra filosofal resulta de la desesperación ante nuestro atraso, al mismo tiempo que de la creencia en los milagros que, ya de por sí, es un índice de atraso. No tenemos, sin embargo, razón alguna para desesperar, y ya es hora de renunciar a la creencia en los milagros, al charlatanismo pueril del tipo “cultura proletaria” o “doctrina de guerra proletaria”. En el plano de la cultura proletaria, hay que aplicarse diariamente al progreso de la cultura, que es el único que podrá dotar de un contenido socialista a las principales adquisiciones de la revolución. He aquí lo que hay que comprender, so pena de jugar un juego reaccionario en el desarrollo del pensamiento y del trabajo del partido.

Cuando el camarada Lenin dice que nuestras tareas actuales no pertenecen tanto al terreno político como al de la cultura, hay que entenderse sobre los términos, a fin de evitar una falsa interpretación de su pensamiento. En cierto sentido, todo está determinado por la política. En sí mismo, el consejo del camarada Lenin de trasladar nuestra atención de la política a la cultura, es un consejo de *orden político*. Si en un momento dado, en un determinado país, el partido obrero decide plantear primero reivindicaciones económicas más bien que políticas, esta decisión tiene en sí un carácter político. Es evidente que la palabra “político” se emplea aquí en dos acepciones distintas: primeramente en el sentido amplio del materialismo dialéctico, que abarca el conjunto de todas las ideas, métodos y sistemas rectores aptos para orientar la actividad colectiva en todos los campos de la vida pública; luego, en el sentido estricto y específico que caracteriza a una parte determinada de la actividad pública, en lo que respecta directamente a la lucha por el poder, y que se distingue del trabajo económico, cultural, etc. Cuando el camarada Lenin escribe que la política es economía concentrada, considera a la política en el sentido amplio, filosófico. Cuando el camarada Lenin dice: “Menos política y más economía”, se refiere a la política en el sentido restringido y específico. El término puede emplearse tanto en un sentido como en otro, ya que tal empleo está consagrado por el uso. Basta con comprender claramente de lo que se trata en cada caso específico.

La organización comunista consiste en un partido político en el sentido amplio, histórico o, si se quiere, en el sentido filosófico del término. Los otros partidos actuales son políticos, sobre todo porque hacen (pequeña) política. La transferencia de la atención de nuestro partido al trabajo cultural no comprende, pues, disminución alguna de su papel político. Su papel histórico determinante (es decir, político), lo ejercerá el partido precisamente concentrando su atención en el trabajo de educación y en la dirección de ese trabajo. Sólo el resultado de largos años de trabajo socialista fructífero en el plano interior, llevado a cabo bajo la garantía de la seguridad exterior, podría deshacer las trabas que implica el partido, haciendo que éste se reabsorba en la comunidad socialista. De aquí a entonces hay un trecho tan largo, que mejor vale no pensar en ello... En lo inmediato, el partido debe conservar íntegramente sus características principales: cohesión moral,

centralización, disciplina, únicas garantías de nuestra capacidad de combate. Bajo las nuevas condiciones esas inapreciables virtudes comunistas podrán precisamente mantenerse y desplegarse, a condición que las necesidades económicas y culturales sean satisfechas de forma perfecta, hábil, exacta y minuciosa. Considerando justamente esas tareas, a las que hay que conceder la preeminencia en nuestra política actual, el partido se dedica a repartir y a agrupar sus fuerzas, educando a la nueva generación. Dicho de otro modo: la gran política exige que el trabajo de agitación, de propaganda, de reparto de los esfuerzos, de instrucción y de educación se concentre en las tareas y en las necesidades de la economía y de la cultura, y no en la “política”, en el sentido estrecho y particular del término.

El proletariado representa una poderosa unidad social, que se despliega plena y definitivamente en períodos de lucha revolucionaria aguda en pro de los objetivos de la clase en su totalidad. Pero en el interior de esta unidad se observa una diversidad extraordinaria, y hasta una disparidad no despreciable. Entre el pastor ignorante y analfabeto y el mecánico altamente calificado, existe un gran número de calificaciones, de niveles de cultura y de adaptación a la vida cotidiana. Cada capa, cada corporación, cada grupo se compone, después de todo, de seres vivos, de edad y temperamento diferentes, cada uno de ellos con un pasado distinto. Si esta diversidad no existiera, el trabajo del partido comunista, en lo referente a la unificación y a la educación del proletariado, sería sumamente sencillo. Sin embargo, ¡cuán difícil es ese trabajo, como vemos en Europa occidental! Se puede decir que mientras más rica es la historia de un país y, por consiguiente, la historia de su clase obrera, mientras más educación, tradición y capacidades ha adquirido, más contiene antiguos grupos y más difícil resulta constituirlos en unidad revolucionaria. Tanto en historia como en tradiciones, nuestro proletariado es muy pobre. Esto es lo que ha facilitado, sin duda alguna, su preparación revolucionaria para la conmoción de octubre. Esto es también lo que ha hecho más difícil su trabajo de edificación después de octubre. Exceptuando a la capa superior, nuestros obreros están desprovistos indistintamente de las capacidades y de los conocimientos culturales más elementales (en lo referente a la limpieza, la facultad de leer y de escribir, la exactitud, etc.). A lo largo de un extenso período el obrero europeo ha adquirido paulatinamente esas capacidades en el marco del orden burgués: he ahí por qué, a través de sus capas superiores, está tan estrechamente ligado al régimen burgués, a su democracia, a la prensa capitalista y demás ventajas. Por el contrario nuestra burguesía atrasada no tenía casi nada que ofrecer en ese sentido, por lo que el proletariado ruso pudo romper más fácilmente con el régimen burgués, y derrocarlo. Por esa misma razón, la mayoría de nuestro proletariado se ve obligado a adquirir y reunir las capacidades culturales rudimentarias solamente hoy, es decir, sobre la base del estado obrero ya socialista. La historia no nos da nada gratuitamente: la rebaja que nos concede en un campo (el de la política) se la cobra en el otro (el de la cultura). En la misma medida en que fuera fácil (desde luego, relativamente) la sacudida revolucionaria para el proletariado ruso, le resulta difícil la edificación socialista. En compensación, el marco de nuestra nueva vida social, forjado por la revolución, que se caracteriza por los otros elementos fundamentales (véase el comienzo de este capítulo), confiere a todos los esfuerzos leales, orientados en un sentido razonable en el plano económico y cultural, un carácter objetivamente socialista. Bajo el régimen burgués, sin saberlo y sin quererlo, el obrero contribuía al mayor enriquecimiento de la burguesía, en la medida en que trabajaba mejor. En el estado soviético, el buen obrero concienzudo, aun sin pensar ni preocuparse de ello (cuando es sin partido y apolítico), realiza trabajo socialista y acrecienta los medios de la clase trabajadora. Todo el significado del cambio de octubre está ahí, y la nueva política económica (NEP) no lo altera en absoluto.

Hay una enorme cantidad de obreros sin partido profundamente interesados en la producción, en el aspecto técnico de su trabajo. Sólo se puede hablar condicionalmente de su “apoliticismo”, es decir, de su falta de interés por la política. Los hemos visto a nuestro lado en todos los momentos importantes y difíciles de la revolución. En general, octubre no los ha asustado; no han desertado ni traicionado. Durante la guerra civil, fueron al frente en gran cantidad, otros trabajaban lealmente en las fábricas de armamentos. Más tarde, se orientaron hacia trabajos de paz. Se les dice (no del todo sin razón) apolíticos, porque sus intereses productivos-corporativos o familiares se imponen a su interés político, por lo menos en tiempos corrientes, “tranquilos”. Cada uno de ellos quiere convertirse en un buen obrero, perfeccionarse, elevarse a una categoría superior, tanto para mejorar la situación familiar, como por un justo orgullo profesional. Como acabamos de decir cada uno realiza, así, trabajo socialista sin proponérselo. Pero nosotros, el partido comunista, estamos interesados en que esos obreros empeñados en la producción relacionen conscientemente su parte de trabajo productivo cotidiano con las tareas de la edificación socialista de conjunto. El resultado de semejante nexo garantizaría mejor los intereses del socialismo, y los que contribuyesen así, modestamente, a su edificación, experimentarían una satisfacción moral más profunda.

¿Cómo alcanzar ese objetivo? Es difícil abordar a ese obrero por el lado puramente político. Ya ha oído todos los discursos. No se siente atraído por el partido. Sus pensamientos giran alrededor de su trabajo y no está muy satisfecho que digamos con las actuales condiciones que encuentra en el taller, en la fábrica o en el trust. Estos obreros quieren tener ellos mismos sus propias ideas, no son comunicativos, y de su medio surgen los inventores autodidactas. No se les puede abordar en el plano de la política; ese tema no les concierne profundamente por el momento, pero se les puede y se les debe hablar de productividad y de técnica.

En la susodicha sesión de debates de los propagandistas de Moscú, uno de los participantes, el camarada Kolzov, señaló la escasez extraordinaria de manuales soviéticos, guías prácticas y métodos de enseñanza de las distintas especialidades y oficios técnicos. Las viejas obras de este tipo se han agotado, otras han caducado técnicamente y, generalmente, en el plano político, responden a un espíritu servilmente capitalista. Los nuevos manuales de este género pueden contarse con los dedos de una mano, resulta difícil conseguirlos, pues fueron publicados en distintas épocas, por distintas editoriales y administraciones, sin el menor plan de conjunto. Con frecuencia insuficientes desde el punto de vista técnico, no pocas veces exageradamente teóricos y académicos, carecen generalmente de todo color político, y no son, en el fondo, sino traducciones camufladas de una lengua extranjera. Sin embargo, tenemos necesidad de toda una serie de nuevos manuales destinados al cerrajero soviético, al tornero soviético, al montador electricista soviético, etc. Esos manuales deben adaptarse a nuestra técnica y economía actuales. Deben tener en cuenta tanto nuestra pobreza como nuestras enormes posibilidades, y tender a introducir en nuestra industria nuevos métodos y prácticas, más racionales. En mayor o menor medida, deben abrir perspectivas socialistas en lo referente a las necesidades y a los intereses de la propia técnica (aquí se incluyen las cuestiones de normalización, de electrificación y de economía planificada). Esas publicaciones deben presentar ideas y soluciones socialistas como parte integrante de la teoría práctica relacionada con la rama de trabajo en cuestión, evitando aparecer como una propaganda inoportuna venida de fuera. La necesidad de esas publicaciones es inmensa. Es el resultado de la escasez de obreros calificados y del deseo del obrero de comprender su calificación. La interrupción del ritmo de producción durante los años de guerra imperialista y de la guerra civil, no ha hecho más que acrecentar esa necesidad. Nos encontramos ante una tarea cuya importancia iguala su atractivo.

Evidentemente, no hay que disimular las dificultades que plantea la creación de toda una serie de manuales de ese tipo. Los obreros autodidactas, aun los altamente cualificados, no están en condiciones de escribir tratados. Los autores de textos técnicos que se encargan de ese trabajo, ignoran con frecuencia su aspecto práctico. Por otra parte, raramente tienen una mentalidad socialista. Sin embargo, es posible llevar a cabo esta tarea, no de manera “simple”, es decir, rutinaria, sino con medios combinados. Para escribir un tratado, o por lo menos para hacer su revisión, hay que constituir un colegio, digamos un comité de tres miembros, compuesto de un escritor especializado, con formación técnica, que conozca, si es posible, el estado de nuestra producción en el campo en cuestión, o capaz de aprender a conocerlo; de un obrero altamente cualificado que pertenezca a la misma rama y que se interese en la producción, dotado, si es posible, de un espíritu de invención; y de un escritor marxista, con formación política, que se interese y que tenga algunos conocimientos en materia de producción y de técnica. Es más o menos de este modo como se debería llegar a crear una biblioteca modelo de manuales de enseñanza técnica relacionados con la producción (por categoría profesional) bien impresos, desde luego, bien encuadernados, con un formato práctico y poco costoso. Una biblioteca de ese tipo tendría un doble objetivo: contribuiría a elevar el nivel de calificación del trabajo, y por consiguiente el éxito de la edificación socialista; contribuiría además a ligar una categoría muy preciosa de obreros productivos al conjunto de la economía soviética, y por consiguiente al partido comunista.

Desde luego, no se trata de limitarse a una serie de manuales de enseñanza. Si nos hemos detenido en los detalles de este ejemplo, es porque nos da una idea bastante clara de los nuevos métodos requeridos por las nuevas tareas del período actual. Nuestro combate por ganar moralmente a nuestra causa a los trabajadores “apolíticos” del sector productivo, debe y puede ser conducido por distintos medios. Necesitamos revistas semanales o mensuales técnico-científicas, especializadas según la rama de producción; necesitamos asociaciones técnicas, científicas, que se sitúen al nivel de esos trabajadores. A ellos debe adaptarse una buena parte de nuestra prensa sindical, so pena de seguir siendo una prensa destinada exclusivamente al personal de los sindicatos. Mientras tanto, el argumento político más adecuado para convencer a este tipo de obreros consiste en cada uno de nuestros éxitos prácticos en el plano industrial, en cada mejoramiento real del trabajo en la fábrica o en el taller, en cada gestión maduramente meditada por el partido en ese sentido.

Las concepciones políticas de este tipo de obrero pueden ser adecuadamente ilustradas, formulando las ideas que expresa con frecuencia del modo siguiente: “En lo que respecta a la revolución y al derrocamiento de la burguesía, no hay ni que hablar; en ese sentido, todo va bien y es algo que no tiene marcha atrás. No necesitamos a la burguesía. Podemos prescindir igualmente de los mencheviques y de otros lacayos de la burguesía. En cuanto a la ‘libertad de la prensa’, no nos importa realmente, pues la cuestión no es esa. ¿Pero qué pasa con la economía? Vosotros, comunistas, habéis asumido la dirección. Vuestras intenciones y vuestros planes son excelentes (eso lo sabemos); sobre todo, no nos lo repetáis; ya lo habéis dicho y estamos de acuerdo, os apoyaremos; ¿pero cómo vais a resolver esas tareas en la práctica? Hasta ahora, no tratéis de disimularlo, habéis cometido no poco errores. Claro, no se puede hacer todo a la vez, hay mucho que aprender y los errores son inevitables. Así son las cosas y no hay remedio. Y ya que toleramos los crímenes de la burguesía, soportaremos bien las faltas de la revolución. Pero esta situación no puede eternizarse. Entre vosotros, comunistas, hay también gente de todo tipo, como entre nosotros, simples mortales: algunos hacen progresos, toman las cosas a pecho, se esfuerzan en llegar a un resultado económico concreto, mientras que otros sólo tratan de embaucarnos con frases huecas. Los que no hacen más que vanos discursos ocasionan no pocos perjuicios, pues el trabajo se les va de entre los dedos.”

He ahí, pues, ese tipo de obrero: es un tornero, un cerrajero o un fundidor laborioso, ambicioso, que se interesa en su trabajo; no es un exaltado, más bien pasivo desde el punto de vista político, aunque razonador, crítico, a veces un poco escéptico, pero siempre fiel a su clase; es un proletario de gran valor. Hacia él el partido debe orientar actualmente sus esfuerzos. ¿Hasta qué punto sabremos ganarnos a esta capa en la práctica, en la economía, en la producción, en la técnica? La respuesta a esta pregunta indicará con el máximo de exactitud la medida de nuestros éxitos políticos en materia de trabajo cultural, en el sentido amplio que le da Lenin.

No hay ni que decir que nuestros esfuerzos tendientes a conquistar al obrero competente, no se oponen en modo alguno a los que desplegaremos en dirección de la joven generación de proletarios. Ésta crece en las condiciones de una época dada, se forma, se fortalece y se endurece a través de las tareas por resolver. La joven generación deberá ser ante todo una generación de obreros altamente calificados, amantes de su trabajo. Crecerá con la convicción de que su trabajo productivo se realiza al servicio del socialismo. El interés que se tomen en su propia formación profesional, el deseo de adquirir maestría en su oficio realzará en gran medida, a los ojos de los jóvenes, la autoridad de los obreros competentes de la “antigua generación”, quienes, como hemos dicho, permanecen, en su mayor parte, fuera del partido. Nuestra orientación hacia el obrero asiduo, concienzudo, competente, constituye pues, al mismo tiempo, una directriz en materia de educación de los jóvenes proletarios. Fuera de esta vía, todo progreso hacia el socialismo es imposible.

USOS Y COSTUMBRES

En la vida cotidiana es donde se percibe mejor hasta qué punto el individuo es el producto y no el creador de sus condiciones de vida. La vida, es decir, las condiciones y los modos de vida, se crean, mucho más aún que la economía, “a espaldas de los hombres” (la expresión es de Marx). En el plano de la vida cotidiana, la creación consciente ocupa un lugar insignificante en la historia de la humanidad. La vida cotidiana resulta de la acumulación de las experiencias espontáneas de los hombres, cambiando con igual espontaneidad, bajo el efecto de la técnica o de los golpes ocasionales asestados por la lucha revolucionaria, reflejando, en resumidas cuentas, mucho más el pasado de la sociedad humana que su presente.

Nuestro proletariado no es antiguo, no es un proletariado heredado; surgió, en el curso de las últimas décadas, del seno del campesinado y, sólo en parte, de la pequeña burguesía. El modo de vida de nuestros proletarios refleja perfectamente este origen social. Basta con recordar el cuadro de costumbres esbozados por Gliéb Uspenski en sus *Tipos de la calle Rasteriaev*. ¿Qué es lo que caracteriza a los habitantes de la calle Rasteriaev, es decir, a los obreros de Tula de fines del siglo pasado? Son pequeñoburgueses y campesinos que, en su mayor parte, han perdido toda esperanza de libertad; es un mezcla de pequeña burguesía inculta y de elementos venidos a menos. Desde entonces, el proletariado ha dado un salto considerable, mucho más notable, sin embargo, en política que en el campo de las costumbres y tradiciones. Su modo de vida es terriblemente conservador. Es verdad que la calle Rasteriaev ya no existe en su forma primitiva. La manera bestial de tratar a los aprendices, el servilismo hacia los patronos, la borrachera insensata, el bandidaje al ritmo de un impúdico acordeón, todo eso ha dejado de existir. Pero en las relaciones entre hombre y mujer, entre padres e hijos, en la economía familiar, apartado de todo el mundo, el “rasteriaevismo” está aún fuertemente arraigado. Serán necesarias decenas de años de desarrollo económico y de auge cultural antes de poder expulsar el “rasteriaevismo” de su

último reducto: la vida privada y familiar transformándola de pies a cabeza en un sentido colectivista.

En la susodicha sesión de los propagandistas de Moscú, la cuestión de la vida familiar fue objeto de discusiones particularmente vivas. En este sentido, todos llevaban un peso en el corazón. Las impresiones, las observaciones y sobre todo los problemas son numerosísimos. No solamente no comprenden respuesta alguna, sino hasta las propias preguntas permanecen mudas; no se expresan públicamente ni por la prensa, ni en las asambleas. La vida de la masa obrera, por una parte, la vida comunista por otra, y el punto donde se establece el contacto vivo entre los comunistas y las amplias capas obreras. ¡Qué campo de observación y de experiencia, qué influencia permite ejercer!

En este sentido, nuestra literatura no nos ayuda en nada. Por su propia naturaleza, el arte es conservador, va a la zaga de la vida, es poco apto para captar los fenómenos al vuelo, en el impulso mismo de su proceso de formación. *La Semana*, de Libedinsky, ha provocado en algunos camaradas un entusiasmo que me parece, lo confieso, exagerado y peligroso para ese joven autor. Desde el punto de vista formal, *La Semana* da la impresión de un trabajo escolar, a pesar del talento que denota, y sólo a base de trabajo constante, tenaz y exigente consigo mismo, Libedinsky alcanzará la maestría; que es por otra parte, lo que yo espero. Pero por el momento la cuestión no es ésa. La grandeza, la importancia de *La Semana* no provienen de su perfección artística, sino del trozo de vida “comunista” evocado por la obra. Y precisamente desde ese ángulo, el relato no va lejos. La descripción del “comité de gobierno” es demasiado artificial y carece de raíces orgánicas. He ahí por qué toda *La Semana* tiene un aspecto episódico, al igual que los relatos sobre la vida de los emigrados de la revolución. La “vida” del comité de gobierno es evidentemente interesante e instructiva, pero cuando la organización comunista viene a engranarse (como una rueda dentada) en la vida cotidiana del pueblo, vemos surgir entonces la dificultad y la importancia de la obra. Ahí haría falta un gran impulso. Actualmente, el partido comunista es la palanca que preside todo progreso consciente. Por lo que su punto de contacto con las masas populares es el punto esencial de la acción histórica, de las acciones y reacciones recíprocas.

Con respecto a nuestra vida cotidiana real, la teoría comunista se anticipa en varias décadas, y, en algunos campos, en varios siglos. Es precisamente por ello que el partido comunista es lo que es: un factor revolucionario de primer orden. Gracias a su realismo, a su dinamismo dialéctico, la teoría comunista elabora métodos políticos capaces de asegurar su eficacia bajo cualquier circunstancia. Pero una cosa es la idea política y otra la vida cotidiana. La política es móvil, la vida cotidiana es estable y recalcitrante. Esto es lo que provoca tantos conflictos en los medios obreros, donde la toma de conciencia choca con la tradición; conflictos tanto más agudos en cuanto no aparecen públicamente. La literatura no los refleja más que la prensa. Ésta guarda silencio sobre tales cuestiones. En cuanto a las nuevas escuelas literarias que tratan de ponerse al nivel de la revolución, para ellas la vida cotidiana no existe. Quieren reconstruir la vida, no contarla tal cual es. Pero la vida no se inventa. Se la puede construir a partir de elementos existentes, susceptibles de desarrollarse. Es por lo que, antes de construir, hay que conocer lo que existe; no solamente cuando se trata de influir en la vida cotidiana sino, en general, en cualquier actividad consciente del hombre. Hay que saber lo que existe y en qué sentido se opera el cambio de lo que existe, a fin de poder contribuir a la edificación de la vida. Mostrarnos (y sobre todo sabed mirar vosotros mismos) lo que pasa en la fábrica, en los medios obreros, en la cooperativa, en el círculo, en la escuela, en la calle, en la taberna; aprended a comprender lo que allí sucede, es decir, la actitud que conviene observar hacia los fragmentos del pasado y los gérmenes del porvenir. Este llamamiento se dirige tanto a los

hombres de letras como a los publicistas, a los corresponsales obreros como a los reporteros. Mostrarnos la vida tal como sale de la fragua de la revolución.

Sin embargo, es de prever que los llamamientos, por sí mismos, no cambiarán nada en el esfuerzo de atención de nuestros escritores. Lo que hace falta es una puesta en marcha, una dirección eficaz. El estudio y la ilustración de la vida obrera deben convertirse en la tarea inmediata de los periodistas, por lo menos de los que saben hacer uso de sus ojos y de sus oídos; hay que orientarlos hacia ese trabajo por medio de la organización, instruirlos, corregirlos, mostrarles el camino de modo que se les enseñe a evocar la vida y las costumbres revolucionarias. Simultáneamente, hay que ensanchar el horizonte de los corresponsales obreros. De hecho, la mayor parte de ellos podría ofrecer crónicas mucho más interesantes y sustanciales que las que hacen. Pero para ello es preciso reflexionar sobre las cuestiones y formularlas, plantear correctamente los objetivos; hay que saber suscitar conversaciones y animarlas.

Para elevarse a un nivel cultural superior, la clase obrera, y principalmente su vanguardia, debe ser conducida a meditar sobre su propia vida. Pero para hacerla meditar hay que conocerla. La burguesía, esencialmente representada por sus propios intelectuales, realizó ampliamente esta tarea desde su llegada al poder: ya era una clase poseedora cuando se encontraba en la oposición; artistas, publicistas, poetas, la han servido, la han ayudado a pensar y han pensado por ella.

En Francia, en el siglo XVIII, llamado de las luces, los filósofos burgueses se inclinaron sobre los diferentes aspectos de la vida social y personal, con el fin de racionalizarla, es decir, subordinarla a las exigencias de “la razón”. No sólo las cuestiones relativas al orden político y a la Iglesia, sino también los problemas de las relaciones entre los sexos y de la educación de los niños, eran objeto de sus investigaciones. De por sí, el solo hecho de estudiar y de plantear esos problemas contribuyó indiscutiblemente a elevar el nivel de cultura de la personalidad, desde luego burguesa, y sobre todo intelectual. Todos los esfuerzos de la Filosofía de las Luces tendientes a racionalizar las relaciones sociales y personales, es decir, a transformarlas de acuerdo con las leyes de la razón, chocaron con el hecho de la propiedad privada de los medios de producción, que seguía siendo la piedra angular de la nueva sociedad, basada en la razón. La propiedad privada era el mercado, el juego ciego de las fuerzas económicas, las que, por cierto, no obedecen a la razón. Las condiciones económicas del mercado han modelado una vida igualmente impregnada de los caracteres del mercado. Bajo el reino del mercado, la organización racional de la vida de las masas populares no era ni siquiera concebible. Debido a esto, las construcciones racionalistas elaboradas por los filósofos del siglo XVIII, a pesar de su espíritu tan penetrante y audaz, alcanzaron tan pocas realizaciones concretas.

En Alemania, el período del *Aufklärung* aparece en la primera mitad del siglo pasado. El movimiento, encabezado por la “Joven Alemania”, es animado por Heme y Börne. De hecho, sólo se trataba en ese momento de una actitud crítica por parte del ala izquierda de la burguesía, especialmente de su intelectualidad, en guerra contra la esclavitud, el servilismo, el espíritu mezquino, la estupidez y los prejuicios pequeñoburgueses, y que aspiraba (con mucho más escepticismo que el mostrado por los precursores franceses) a instaurar el reino de la razón. Ese movimiento desembocaría más tarde en la revolución de 1848, que, lejos de transformar radicalmente la vida humana, no supo ni siquiera deshacerse de las innumerables dinastías alemanas.

En nuestra atrasada Rusia, no fue sino en la segunda mitad del siglo XIX cuando el movimiento del *Aufklärung* llegó a generalizarse en cierta medida. Chernichevsky, Pisarev, Dobroliubov, salidos de la escuela de Belinsky, no criticaban tanto las condiciones económicas como las ineptitudes, las costumbres reaccionarias, asiáticas, oponiendo al tipo de hombre tradicional el hombre nuevo, el “realista” al “utilitario”, que trata de vivir según

las leyes de la razón para convertirse en una “personalidad dotada de pensamiento crítico”. Ese movimiento desembocó en el populismo (*narodniki*), que fue un racionalismo ruso tardío. Los racionalistas franceses del siglo XVIII fueron poco más o menos incapaces de transformar la vida y las costumbres, ya que éstas no proceden de la filosofía sino del mercado; la influencia cultural directa de los *Aufklärer* alemanes fue aún menos sensible, y la de la intelectualidad rusa sobre la vida y las costumbres de pueblo en general, totalmente insignificante. En última instancia, la importancia histórica del *Aufklärung* ruso, incluyendo el populismo, consiste en que estuvo en la base de la creación del partido proletario revolucionario.

Solamente después de la conquista del poder por la clase obrera comienzan a instaurarse las condiciones capaces de transformar la vida hasta sus cimientos más profundos. La vida no puede racionalizarse, es decir, transformarse de conformidad con las exigencias de la razón, sin racionalizar la producción, pues la vida se basa en la economía. Sólo el socialismo se plantea como objetivo aprehender por la razón el conjunto de las actividades económicas del hombre, subordinándolas a ella. La burguesía, al menos sus corrientes más progresistas, se limitaba a racionalizar por una parte la técnica (por medio de las ciencias naturales, de la tecnología, de la química, de las invenciones y mecanizaciones), y por otra parte la política (gracias al parlamentarismo), pero no la economía, donde persistía el juego de la competición ciega. He ahí por qué las fuerzas inconscientes y ciegas seguían gobernando a la sociedad burguesa. La clase obrera, después de haber conquistado el poder, somete las bases económicas de las relaciones humanas a un control y a una dirección conscientes. Es la única vía hacia una transformación racional de la vida.

Eso es lo que nos conduce igualmente a comprobar que nuestros éxitos en lo referente a la vida diaria dependen directamente de nuestros éxitos en materia económica. No cabe la más ligera duda de que, aun al nivel de nuestra economía actual, podríamos conceder un lugar mucho más importante a la crítica, a la iniciativa y a la razón. Esa es precisamente una de las tareas de la época. Resulta más evidente aún que la transformación radical de la vida (la emancipación de la mujer de la esclavitud doméstica, la educación pública de los niños, la abolición del constreñimiento económico que pesa sobre el matrimonio, etc.) no avanzará sino a la par de la acumulación social y del predominio creciente de las fuerzas económicas socialistas sobre las del capitalismo. Sin embargo, la investigación de la vida es ahora la condición indispensable para que la vida, conservadora debido a sus tradiciones milenarias, no quede a la zaga de las posibilidades de progreso que nuestros recursos económicos nos ofrecen desde hoy, y en los tiempos futuros. Por otra parte, los más mínimos éxitos en el plano de la vida cotidiana corresponden, por definición, a un alza del nivel cultural del obrero y de la obrera, que acrecentarán en seguida las posibilidades de racionalización de la industria y, por consiguiente, las de una aceleración de la acumulación socialista. Ésta, a su vez, abrirá el camino a nuevas conquistas en el campo de la colectivización de la vida. Esta es una interdependencia dialéctica: el factor histórico capital es la economía; pero nosotros, el partido comunista, el estado obrero, no podemos actuar sobre ella sino a través de la clase obrera, esforzándonos por elevar continuamente el nivel de calificación técnica y cultural de los que la componen. En el estado obrero el trabajo cultural se efectúa en beneficio del socialismo, y el socialismo equivale a una poderosa expansión de la cultura, de una cultura auténtica, humana, de una cultura del hombre liberado de las relaciones de clase.

ALCOHOL, IGLESIA Y CINE

La jornada de ocho horas y la prohibición del alcohol, he aquí dos cosas que han dado una nueva orientación a la vida obrera. El monopolio estatal sobre la venta de bebidas alcohólicas fue abolido debido a la guerra, antes de la revolución. La guerra exigía medios tan gigantescos que el zarismo consideraba los ingresos procedentes de las bebidas alcohólicas como una suma deleznable a la que se podía renunciar: mil millones más o menos no contaban gran cosa. La revolución asumió a su vez esa abolición del monopolio estatal; se trataba de una herencia, de un hecho consumado que adoptó por razones de principio que le pertenecían legítimamente. Sólo después de la conquista del poder por la clase obrera, convertida en artífice consciente de una nueva economía, la lucha del estado contra el alcoholismo (tanto mediante la prohibición como por la propaganda) ha adquirido importancia histórica. Desde este ángulo, la abolición del “presupuesto de la borrachera” con motivo de la guerra, circunstancia contingente, no cambia nada absolutamente el hecho fundamental de que la liquidación de la empresa de degradación del pueblo a través de francachelas, hay que acreditarla a la revolución, Extender, consolidar, organizar y culminar el régimen antialcohólico en el país de la renovación del trabajo, he ahí nuestra tarea. Nuestros éxitos, tanto económicos como culturales, serán proporcionales a la disminución del porcentaje de alcohol en las bebidas. No es posible hacer concesión alguna en esta materia.

En lo que respecta a la jornada de ocho horas, ésta es ya una adquisición directa de la revolución, y una de las más importantes. La jornada de ocho horas aporta de por sí un cambio radical en la vida del trabajador, liberando de trabajo en la fábrica los dos tercios de la jornada. Es la base de un cambio fundamental en lo referente a la vida obrera, al desarrollo cultural, a la educación, etc., pero no se trata sino de un punto de partida. La vida del trabajador será tanto mejor, tanto más cabal y sustancial cuanto más sepa el estado utilizar con discernimiento el tiempo de trabajo. La importancia de la conmoción de octubre, ya lo hemos dicho, consiste precisamente en que los éxitos económicos de cada obrero suponen automáticamente un alza del nivel material y cultural de la clase obrera en su conjunto. “Ocho horas de trabajo, ocho horas de sueño, ocho horas de tiempo libre”; así reza la vieja divisa del movimiento obrero. Bajo nuestras condiciones, cobra un sentido novísimo: mientras más productivas sean las ocho horas de trabajo, mientras más se realicen las ocho horas de sueño en buenas condiciones de limpieza y de higiene, más sustanciales y de un nivel cultural más elevado serán las ocho horas de tiempo libre.

Por consiguiente, la cuestión de las distracciones reviste una enorme importancia en lo tocante a la cultura y la educación. El carácter del niño se manifiesta por el juego. El carácter del adulto se expresa con mayor fuerza a través del juego y las distracciones. Los juegos y las distracciones pueden también contribuir ampliamente a la formación del carácter de toda una clase, cuando esta clase es joven y marcha hacia adelante, como lo hace el proletariado. Fourier, el gran utopista francés, erigió sus falansterios, utilizando y combinando racionalmente los instintos y las pasiones humanas, a fin de contrarrestar el ascetismo cristiano y su represión de la naturaleza humana. Es una idea profunda. El estado obrero no es ni una orden religiosa ni un monasterio. Tomamos a los hombres tal como los ha creado la naturaleza y como la antigua sociedad los ha educado en parte, y en parte estropeado. En el seno de ese material humano vivo, buscamos donde asentar las palancas del partido y del estado revolucionario. El deseo de divertirse, de distraerse, contemplar espectáculos y reír, es un deseo legítimo de la naturaleza humana. Podemos y debemos conceder a esa necesidad satisfacciones artísticas cada vez mayores, sirviéndonos al mismo tiempo de esa satisfacción como medio de educación colectiva, sin ejercer tutela pedagógica o constreñimientos para imponer la verdad.

En este campo, el instrumento más importante, el que supera de lejos a todos los demás es, sin duda, el cine. Esta invención desconcertante en materia de espectáculos ha entrado en la vida de los hombres con una rapidez fulminante. En las ciudades capitalistas el cine forma parte de la vida corriente, en la misma medida que el baño, la taberna, la iglesia y otras instituciones más o menos útiles y recomendables. La pasión del cine se basa en el deseo de distraerse, de ver algo nuevo, inédito, de reír hasta de llorar, no sobre la propia suerte sino sobre la de otro. El cine ofrece una satisfacción óptica totalmente viva e inmediata a todas esas necesidades sin exigir nada del espectador, ni siquiera la capacidad de leer. De ahí la afición y la gratitud del espectador hacia el cine, fuente inagotable de impresiones y de sensaciones. He ahí el punto, no solamente el punto, sino la vasta superficie donde pueden comenzarse los esfuerzos en vista a la educación socialista.

El hecho de que hasta ahora, después de cerca de seis años, no hayamos echado mano del cine, prueba hasta qué punto somos torpes, incultos, para no decir estúpidos. El cine es un instrumento que se impone por sí mismo: el mejor instrumento de propaganda (propaganda técnica, cultural, aplicable a la producción, a la lucha antialcohólica, al campo sanitario, político, en dos palabras, es un instrumento de propaganda fácilmente asimilable, atractivo, que se graba en la memoria) y, eventualmente, es también un negocio lucrativo.

Por el solo hecho de ser atractivo y entretenido el cine le hace la competencia a la taberna. No sé si actualmente hay en París o en Nueva York más bares que cines; ni qué categoría de esas empresas reporta más. Es evidente que el aspecto en que el cine compite particularmente con la taberna es en el de saber cómo y con qué ocupar las ocho horas de tiempo libre. ¿Es posible apoderarse de este incomparable instrumento? ¿Por qué no? El régimen de los zares creó en algunos años una inmensa red de tiendas de venta de alcohol que dependían del estado. Grosso modo, éstas le reportaron un ingreso anual de mil millones de rublos oro. ¿Por qué el estado obrero no puede crear una red de cines estatales capaz de introducir cada vez más profundamente la distracción y la educación en la vida popular? Sería no solamente un buen negocio, sino un excelente contrapeso al atractivo del alcohol. ¿Es esto factible? ¿Por qué no? Evidentemente no es nada fácil. En todo caso, sería normal y correspondería mejor a la naturaleza, a la fuerzas de organización y a las capacidades del estado obrero que, digamos, el restablecimiento... del circuito del alcohol¹.

El cine le hace la competencia no sólo a la taberna, sino también a la iglesia. Y esta competencia puede serle fatal a ésta, si hacemos culminar la separación entre la iglesia y el estado mediante la unión del estado socialista con el cine.

La piedad no existe casi en los obreros rusos. De hecho, nunca existió. La iglesia ortodoxa era un conjunto de ritos y una organización oficial. No consiguió penetrar profundamente en la conciencia de las masas populares, ni introducir sus dogmas y cánones en su vida íntima, siempre por la misma razón: la ausencia de cultura, en el seno de la vieja Rusia, especialmente en la iglesia. Por esto el obrero ruso, al acceder a la cultura, rompe tan fácilmente sus amarras puramente externas con la iglesia. Es verdad que para los campesinos la ruptura es más difícil, no porque las enseñanzas de la religión tengan mayor influencia sobre él (no se trata de eso) sino porque su vida indolente y monótona está estrechamente ligada al ritual indolente y monótono de la iglesia.

¹ Estas líneas estaban escritas cuando encontré en el último número de *Pravda*, que tengo en mis manos (de fecha 30 de junio), el siguiente extracto de un artículo enviado a la redacción por el camarada I. Gordeiev: "La industria del cine es un negocio comercial extraordinariamente ventajoso, que reporta grandes beneficios. Utilizándolo en forma hábil, racional y adecuada, el monopolio del cine podría jugar un papel en el saneamiento de nuestras finanzas, comparable al que desempeñaba el monopolio del alcohol en las finanzas del Estado zarista." El camarada Gordeiev da a continuación indicaciones prácticas sobre la manera de "cinematizar" la vida soviética. Se trata efectivamente de una cuestión que hay que estudiar a fondo y seriamente.

En el obrero (hablamos del obrero sin partido, en bloque) la influencia de la iglesia responde, la mayor parte de las veces, a la costumbre, sobre todo en la mujer. Las santas imágenes penden de la pared y allí quedan porque allí están. Adornan la pared; sin ellas el cuarto estaría vacío y frío. El obrero no compra nuevas imágenes, pero no desea deshacerse de las antiguas. ¿Cómo reconocer la fiesta de la Pascua sin el *kulich* y el *pas'cha*? Pero *kulich* y *pas'cha* deben ser bendecidos según la costumbre, de otro modo les faltaría algo. No es en absoluto por piedad por lo que va a la iglesia; pero la iglesia es luminosa y bella; hay mucha gente y se escuchan cantos: he ahí bastantes cosas agradables que no se encuentran ni en la fábrica, ni en la familia, ni en el vaivén cotidiano de la calle. La fe es casi inexistente. En todo caso, no hay respeto alguno para la jerarquía eclesiástica, ninguna creencia en el poder mágico de las ceremonias. Pero falta igualmente la voluntad activa de romper con todo eso. El elemento de distracción, de entretenimiento, de pasatiempo, desempeña un papel enorme en la ceremonia religiosa. A través de la escenificación, la iglesia actúa sobre los sentidos: la vista, el oído, el olfato (el incienso), sobre la imaginación. La afición de los hombres al teatro (ver y oír algo nuevo brillante, que los saque de la cotidianeidad) es muy fuerte, indestructible e insaciable desde la infancia hasta una edad avanzada. Para que las amplias masas renuncien al formalismo, al ritual de la vida diaria, no basta la propaganda antirreligiosa. Ésta, evidentemente, es indispensable. Su resultado práctico inmediato se aplica a una minoría intelectualmente valiente.

Si la multitud permanece inaccesible a la propaganda antirreligiosa, no es porque la religión conserve su dominio sobre ella, es porque no existe un nexo moral, sino sólo una relación informe, persistente, maquinal, sin vínculos con la conciencia: el del curioso que no se niega a participar ocasionalmente en una procesión o en un servicio solemne, a escuchar los cantos religiosos y a hacer apresuradamente la señal de la cruz. Esta ceremonia maquinal, que pesa sobre la conciencia, no se la puede superar por la sola crítica, hay que reemplazarla por nuevas formas de vida, nuevas distracciones, nuevos espectáculos que eleven el nivel de cultura. Al llegar aquí, nuestro pensamiento se detiene naturalmente en ese instrumento teatral por excelencia (por ser el más democrático), el cine. El cine, que prescinde de jerarquía con vastas ramificaciones, de sedas recamadas, etc., desplegando en la pantalla medios escénicos mucho más cautivantes que los de las iglesias, mezquitas o sinagogas, cuya experiencia en materia teatral es sin embargo milenaria. En la iglesia, se asiste siempre a una sola "acción", la misma cada año, mientras que en el cine, que se encuentra, justo al lado o enfrente, se pueden ver, en los mismos días y a las mismas horas, tanto fiestas paganas como pascuas judías o cristianas, en sus relaciones históricas, imitando sus ceremonias. El cine divierte, instruye, sorprende la imaginación con imágenes y quita las ganas de ir a la iglesia. El cine es un gran competidor no sólo de la taberna sino también de la iglesia. Es el instrumento del que tenemos que apoderarnos a toda costa.

IV - DE LA VIEJA A LA NUEVA FAMILIA

Por su naturaleza, las relaciones internas y los acontecimientos en el seno de la familia, en cuantos objetos de investigación, presentan las mayores dificultades; resultan poco adecuados para todo tipo de estadísticas. Por ello no es fácil decir en qué medida (no sólo en los papeles sino también en la vida real) los lazos familiares son, hoy día, rotos con mayor frecuencia y facilidad que en épocas anteriores. En la mayoría de los casos, respecto a estas cuestiones, debemos conformarnos con un juicio a simple vista. La diferencia, sin embargo, entre la época prerrevolucionaria y el presente, es que en aquella todos los graves conflictos y problemas de la familia de la clase trabajadora, solían pasar inadvertidos para

dicha clase. Ahora, en cambio, que una enorme y más alta proporción de trabajadores ocupa puestos responsables, sus vidas se hallan mucho más a la luz y toda tragedia doméstica se convierte en tema de gran comentario y algunas veces de ociosa charla.

Pese a esta importante diferencia, no puede negarse, sin embargo, que las relaciones familiares, incluso las de la clase proletaria, se hallan bastante perturbadas. Esto fue enunciado rotundamente como un hecho evidente en los debates de los propagandistas de Moscú, y nadie lo cuestionó. Las reacciones difirieron sólo en razón del distinto grado y modo en que este hecho impresionó a cada uno, Algunos lo examinaron con cierto recelo, otros manifestaron sus dudas y hubo quienes parecían estar todavía perplejos. De todos modos, para todos estaba claro que un gran proceso, aún muy caótico, estaba en marcha asumiendo alternativamente formas de insania o revuelta, de ridículo o tragedia, proceso que aún no había tenido tiempo de revelar sus ocultas posibilidades para la inauguración de un nuevo y más elevado orden de vida familiar. La prensa, es cierto, ha dejado deslizar alguna información acerca de la desintegración de la familia, pero sólo lo ha hecho ocasionalmente y en términos muy vagos y generales. En un artículo sobre el tema, leí que la desintegración de la familia en la clase trabajadora era presentada como un caso de “influencia de la burguesía sobre el proletariado”. Pero no es tan simple. El problema tiene raíces más profundas y resulta más complicado. Existe, sí, una clara influencia de la vieja y nueva burguesía, pero el proceso consiste principalmente en una penosa evolución de la familia proletaria misma, una evolución que necesariamente ha de conducir a una crisis y cuya primera etapa caótica nosotros estamos presenciando actualmente.

La influencia profundamente destructiva de la guerra sobre la familia es bastante conocida. En primer lugar, en tanto separa a la gente por largos períodos o los reúne por pura casualidad, disuelve automáticamente la familia. Esta influencia fue continuada y fortalecida por la revolución. Los años de la guerra terminaron con todo aquello que se había mantenido sólo por la inercia de la tradición histórica. Derribaron el poder del zarismo, los privilegios de clase, la vieja familia tradicional. La revolución comenzó por edificar el nuevo estado y con ello llevó a cabo su más simple y urgente objetivo. El aspecto económico del problema ha resultado ser más complicado. La guerra trastornó el viejo orden económico, la revolución lo derribó. Actualmente estamos ensayando la construcción de un nuevo orden; hasta ahora lo hacemos a partir de los viejos elementos, reorganizándolos de diferente modo. En el campo de la economía sólo recientemente hemos abandonado el período de destrucción para comenzar el de la reconstrucción y ascenso. Nuestro avance es lento todavía y la realización de las nuevas formas socialistas de la vida económica está aún muy distante. Pero estamos definitivamente fuera del período de destrucción y ruina. El nivel más bajo fue alcanzado entre los años 1920-21.

En la vida familiar el primer período de destrucción se halla aún lejos de su término. El proceso de desintegración está en plena ebullición. Es preciso que tengamos esto bien presente. La vida doméstica familiar está atravesando, digamos, el período de 1920-21 y no ha alcanzado todavía el de 1923. La vida doméstica es más conservadora que la económica, y uno de los motivos es su menor grado de conciencia. En política y economía la clase trabajadora actúa como un todo y en su avance empuja siempre hacia adelante al partido comunista, su vanguardia, a través de la cual cumple con los objetivos históricos del proletariado. En la vida familiar la clase trabajadora se encuentra dividida en células que agrupan a varias familias. La transformación del régimen político, el cambio incluso del orden económico del estado (el paso de las fábricas y los talleres a manos de los trabajadores), todo esto ha ejercido indudablemente alguna influencia en las condiciones familiares; pero solamente en forma externa e indirecta, y sin modificar en nada las estructuras domésticas tradicionales heredadas del pasado. Una reforma radical de la familia y en general de todo el orden de la vida doméstica requiere un enorme y

consciente esfuerzo del conjunto de la clase trabajadora, y supone la existencia en dicha clase de una poderosa fuerza molecular proveniente de un deseo íntimo e individual de cultura y progreso. Se necesita un arado que se hunda profundamente para remover densas masas de tierra. Uno de los problemas, el más simple, fue el de instituir en el estado soviético la igualdad política de hombres y mujeres. Mucho más dificultoso fue el siguiente, el de asegurar la igualdad de hombres y mujeres trabajadores en las fábricas, talleres y sindicatos; y hacerlo de tal modo que los hombres no colocaran a las mujeres en una posición desventajosa. Pero lograr una verdadera igualdad entre hombres y mujeres en el seno de la familia es un problema infinitamente más arduo. Antes de que ello suceda deben subvertirse todas nuestras costumbres domésticas. Y aún es bastante obvio que a menos que en la familia exista una verdadera igualdad entre marido y mujer, y ello en un sentido general, así como en lo referente a las condiciones de vida, no podremos hablar seriamente de igualdad en el trabajo social ni quizás en la política. Hasta tanto la mujer esté atada a los trabajos de la casa, el cuidado de la familia, la cocina y la costura, permanecerán cerradas totalmente todas sus posibilidades de participación en la vida política y social.

El problema más fácil fue el de la asunción del poder. Y sin embargo, este solo problema absorbió todas nuestras fuerzas en la primera etapa de la revolución. Exigió infinitos sacrificios. La guerra civil obligó a adoptar medidas de sumo rigor. Mentas estrechas, gente tonta, se quejaron de la corrupción de las costumbres, de la sanguinaria perversión del proletariado, etc., cuando lo que había ocurrido en realidad era que el proletariado, llevando hasta el extremo el empleo de los medios de la violencia revolucionaria, comenzó a luchar por nuevas formas de cultura, por un nuevo humanitarismo. En el aspecto económico, durante los primeros cuatro o cinco años, habíamos atravesado un período de crisis terrible. Decayó el nivel de productividad, y los productos eran de una baja calidad alarmante. En tal situación, nuestros adversarios vieron o quisieron ver un signo del estado de putrefacción del régimen soviético. Sin embargo, en realidad, no era más que la etapa, por otra parte inevitable, de la destrucción de las viejas estructuras económicas y de los primeros intentos desvalidos para la creación de las nuevas.

Con respecto a las relaciones familiares, y a las formas de vida privada en general, debe existir asimismo un inevitable período de desintegración, tal como ocurriera con las tradiciones heredadas del pasado que no habían sido todavía objeto de reflexión. Pero en este terreno de la vida doméstica el período de la crítica y de la destrucción comienza más tarde, dura mucho tiempo y asume formas insanas y lamentables, las cuales, sin embargo, son complejas y no siempre perceptibles para una observación superficial. Estas señales progresivas de un cambio crítico en las condiciones del estado, deben ser claramente definidas para no alarmarnos por los fenómenos que observemos. Debemos aprender a estimarlos en su justo significado, saber qué lugar ocupan en el desarrollo de la clase trabajadora y dirigir conscientemente las nuevas condiciones hacia las formas de vida socialistas.

La advertencia es necesaria, puesto que ya mismo se hacen oír las voces de alarma. En el debate de los propagandistas moscovitas algunos camaradas hablaron con ansiedad natural de la facilidad con que eran rotos los viejos lazos familiares para dar lugar a otros nuevos tan transitorios como aquéllos. Las víctimas en todos los casos son las madres y los niños. Por otra parte, ¿quién en nuestro medio no escuchó en conversaciones privadas quejas, por no decir lamentaciones, acerca de la desmoralización de los jóvenes soviéticos, especialmente de aquellos que pertenecen a las agrupaciones de la juventud comunista, los llamados komsomoles? No todo es exageración en estas quejas; hay también algo de verdad en ellas. Puesto que se trata de luchar por un nivel de cultura más alto y por la

superación de la personalidad humana, debemos realmente, y así lo haremos, combatir los aspectos oscuros de esta verdad. Pero a fin de iniciar nuestro trabajo y captar el abecé del problema sin moralismos reaccionarios o desalientos, tendremos primero que estar seguros de los hechos y comenzar a ver claramente qué está ocurriendo en la realidad.

Tal como expresamos más arriba, influyeron sobre la vieja conformación de la familia dos hechos de enorme importancia: la guerra y la revolución. Y a continuación llegó, deslizándose sigilosamente, la mole subterránea: el pensamiento crítico, el concienzudo estudio y evaluación de las relaciones familiares y las formas de vida. La mecánica misma de los grandes acontecimientos combinada con el ímpetu crítico de las mentes más lúcidas generó el período de destrucción de las relaciones familiares del que ahora somos testigos. Ahora, después de la conquista del poder, el trabajador ruso debe realizar, en muchos aspectos de la vida, sus primeros pasos concientes hacia una verdadera cultura. Bajo el impulso de las grandes colisiones, su fuerza individual sacude por primera vez todas las formas tradicionales de vida, todas las costumbres domésticas, las prácticas religiosas y los lazos de parentesco. Esto no es de extrañar, en los comienzos, la rebelión individual, su resistencia contra lo tradicional, supone la anarquía, o, para decirlo más crudamente, disuelve las instituciones. Lo hemos visto en el ámbito político, militar y económico; aquí el individualismo anárquico adoptó todas las formas de extremismo, sectarismo, doctrinarismo retórico. No es de extrañar tampoco que este proceso repercuta en lo más íntimo de las relaciones familiares, provocando los efectos más lamentables. Allí las personalidades más lúcidas, con el fin de reorganizarlo todo según nuevos modelos, se alejaron de los caminos trillados, y recurrieron a la “disipación”, al “vicio” y a todos los pecados denunciados en los debates de Moscú.

El jefe de familia arrancado de su medio a raíz de la movilización, se convierte en el frente civil en un ciudadano revolucionario. Un cambio súbito. Su perspectiva es más amplia, sus aspiraciones espirituales más altas y de un orden más complejo. Es un hombre diferente. Y luego vuelve para descubrir que allí no ha cambiado prácticamente nada. El viejo entendimiento y la armonía de las relaciones familiares han desaparecido. Y no surge ningún nuevo entendimiento. La mutua admiración se convierte en mutua antipatía, luego en aversión. La familia se desmorona.

El jefe de familia es comunista. Lleva una vida activa, está comprometido en su trabajo social, crece su capacidad mental, su vida personal es absorbida por su trabajo. Pero su mujer también es comunista. Ella quiere participar en el trabajo social, asiste a los mítines, trabaja en los soviets y en los sindicatos. La vida del hogar se vuelve prácticamente inexistente antes de que ellos se den cuenta, o la nostalgia de la atmósfera hogareña acaba produciendo choques continuos. Marido y mujer entran en discordia. La familia se desmorona.

El jefe de familia es comunista, la mujer no está en el partido. El marido está absorbido por su trabajo; como antes, la mujer sólo se dedica al hogar. Las relaciones son “pacíficas”, basadas de hecho en la habitual enajenación. Pero el comité del marido (la célula comunista) decide que él debe quitar los iconos colgados en su casa. El está muy dispuesto a obedecer, puesto que lo halla natural. Para su esposa en cambio constituye una catástrofe. Una tan mínima ocurrencia es motivo, pues, del abismo que separa los puntos de vista del hombre y la mujer. Las relaciones se han deteriorado. La familia se desmorona.

Una vieja familia. Diez a quince años de vida en común. El marido es un buen trabajador, devoto de su familia; la mujer también vive para su hogar, consagrándole todas sus energías. Pero sólo por casualidad entra en contacto con una organización comunista femenina. Un nuevo mundo se abre ante sus ojos. Su energía encuentra un nuevo y más

amplio objetivo. El marido se irrita. La mujer queda herida en su conciencia cívica que acaba de despertar. La familia se desmorona.

Ejemplos de este tipo de tragedias domésticas, todas conducentes a un único fin, la destrucción de la familia, pueden ser multiplicados infinitamente. Hemos señalado los casos más típicos. En nuestros ejemplos los problemas se deben siempre a los choques entre los comunistas y sus opositores. Pero la desintegración de la familia, me refiero a la vieja familia tipo, no se produce tan sólo en la superficie de la clase por ser esta parte la más expuesta al influjo de las nuevas condiciones. El movimiento desintegrador de las relaciones familiares penetra más profundamente. La vanguardia comunista solamente atraviesa más rápida y con mayor violencia por todo aquello que es inevitable para la clase como un todo. La actitud de censura hacia las viejas condiciones, los nuevos objetivos en lo referente a la familia se extienden mucho más allá de la línea limítrofe entre los comunistas y la clase trabajadora como un todo. La institución del matrimonio civil significó ya un fuerte golpe para la consagrada familia tradicional que en una gran proporción vivía para las apariencias. Los viejos lazos de matrimonio constituían la menor atadura personal, la mayor era la del poder restrictivo de las fuerzas externas, las tradiciones sociales y sobre todo las prácticas religiosas. El impacto sufrido por el poder de la Iglesia recayó también sobre la institución familiar. Los ritos, que no tienen características de obligatoriedad ni reconocimiento estatal, todavía se mantienen a través de la inercia, actuando como uno de los soportes de la vacilante familia. Pero cuando no hay un verdadero vínculo dentro de la familia, cuando nada salvo la inercia impide su total destrucción, cualquier ataque exterior será suficiente para producir su completa desintegración, al tiempo que será un impacto para la adherencia a las prácticas religiosas. Y es mucho más probable que los conatos exteriores lleguen ahora que en épocas anteriores. He aquí la razón por la cual la familia tambalea y cae, para recobrarse y finalmente volver a derrumbarse. La vida se pone en tela de juicio en razón de sus condiciones y lo hace por la cruel y penosa condenación de la familia. La historia corta la vieja leña y las astillas vuelan en el viento.

¿Pero acaso la vida está echando las bases para un nuevo tipo de familia? Sin duda. Solamente tenemos que concebir claramente la naturaleza de estos elementos y el proceso de su formación. Como en otros casos, es preciso separar las condiciones físicas de las psicológicas, lo individual de lo general. Psicológicamente la evolución de la nueva familia, de las nuevas relaciones humanas en general, significa para nosotros un adelanto en la cultura de la clase trabajadora, el descubrimiento del individuo, un alza del nivel de sus demandas y mayor disciplina interior. Desde este punto de vista la revolución en sí ha significado, por supuesto, un gran paso adelante y lo peor que pueda ocurrirle a la familia en su desintegración actual puede entenderse tan sólo como un error en las formas de expresión de la clase que se ha hecho consciente y de los individuos que la componen. Todo nuestro trabajo en relación a la cultura, el trabajo que estamos realizando y el que vamos a realizar, se convierte desde este punto de vista, en una preparación de las nuevas relaciones y la nueva familia. Si no elevamos el nivel de educación del individuo trabajador, hombre o mujer, nunca crearemos las condiciones necesarias para el surgimiento de un nuevo tipo de familia superior al de hoy, ya que en este terreno sólo es posible recurrir a la disciplina interior, y, de ninguna manera, por supuesto a la compulsión externa. La fuerza, pues, que en el seno de la familia tiene la disciplina interna del individuo se halla condicionada por el contenido de su vida íntima, el valor y alcance de los lazos que unen marido y mujer.

En principio, la preparación material de las condiciones para un nuevo modo de vida y una nueva familia, no puede separarse tampoco del trabajo de la construcción socialista. El estado de los trabajadores necesita mayor prosperidad a fin que le sea posible

tomar seriamente en sus manos la educación pública de los niños y aliviar asimismo a la familia de los cuidados de la limpieza y la cocina. La socialización de la familia, del manejo de la casa y de la educación de los niños no será posible sin una notable mejoría de toda nuestra economía. Necesitamos una mayor proporción de formas económicas socialistas. Sólo bajo tales condiciones, podremos liberar a la familia de las funciones y cuidados que actualmente la oprimen y desintegran. El lavado debe estar a cargo de una lavandería pública, la alimentación a cargo de comedores públicos, la confección del vestido debe realizarse en los talleres. Los niños deben ser educados por excelentes maestros pagados por el estado y que tengan una real vocación para su trabajo. Entonces la unión entre marido y mujer se habrá liberado del influjo de todo factor externo o accidental y ya no podrá ocurrir que uno de ellos absorba la vida del otro. Una igualdad genuina será al fin establecida. La unión dependerá de un mutuo afecto. Y por tal motivo precisamente se logrará la estabilidad interior, no la misma para todos, por supuesto, pero para nadie compulsiva.

Así pues, el camino hacia la nueva familia es doble: a) la elevación del nivel de cultura y educación de la clase trabajadora y de los individuos que la componen; b) un mejoramiento de las condiciones materiales de dicha clase organizado y llevado a cabo por el estado. Ambos procesos se hallan íntimamente conectados uno al otro.

Lo arriba expuesto no implica, por, supuesto, que en un momento dado de su progreso material la familia del futuro se instalará de repente en su verdad. No. Ya desde ahora es viable un cierto avance hacia la nueva familia. Es verdad que el estado no puede todavía hacerse cargo ni de la educación de los niños, ni del establecimiento de las cocinas públicas que significarían una gran ventaja para la cocina familiar, ni de la creación de lavanderías públicas donde la ropa no sería robada o estropeada. Pero esto no quiere decir que las familias más progresistas y emprendedoras no puedan reunirse desde ya en unidades colectivas para el gobierno del hogar. Por supuesto, este tipo de experimentos debe hacerse tomando ciertas precauciones; el equipo técnico de la unidad colectiva debe responder a las necesidades y demandas del grupo y proporcionar ventajas manifiestas a cada uno de sus miembros, aun cuando en un comienzo sean bastante modestos.

“Esta tarea (dice el camarada Semashko, quien recientemente ha escrito sobre la necesidad de la reconstrucción de nuestra vida familiar) se lleva a cabo más perfectamente en la práctica”, el mero discurrir y decretar acerca de las formas de vida tendrá pocos efectos reales. Pero un ejemplo, una ilustración práctica de la nueva forma, será más efectiva que mil panfletos excelentes. Esta propaganda práctica a través de las pequeñas agrupaciones se asemeja en algo al método que los cirujanos en sus operaciones llaman trasplante. Cuando una gran superficie se halla en carne viva ya sea a causa de heridas o quemaduras, y no hay esperanzas de que la piel se renueve lo suficiente como para cubrirla, se le injertan trozos de piel extraídos de las partes sanas del cuerpo; estos injertos se extienden hasta cubrir toda la zona enferma.

Lo mismo ocurre con la propaganda práctica de que hemos hablado. Cuando una fábrica o taller adopta las formas comunistas, otros establecimientos harán lo propio. Las mencionadas unidades familiares colectivas para el gobierno del hogar, deben ser cuidadosamente pensadas y estudiadas. El primer paso deberá consistir en una combinación de la iniciativa privada, apoyada por los poderes gubernamentales, en primer lugar los soviets locales y los órganos económicos. La construcción de casas nuevas (y, ¡al fin vamos a construir casas!) debe regularse de acuerdo con las demandas de las familias agrupadas en comunidades. El primer éxito manifiesto e indisputable en esta dirección, aun cuando sea breve y de alcance limitado, hará surgir inevitablemente, y en grupos cada vez más amplios, el deseo de organizar sus vidas sobre líneas similares. Todavía no ha llegado el momento oportuno para pensar en un proyecto preparado e iniciado desde arriba. Este

no es viable ni desde el punto de vista de los recursos materiales del estado, ni de la educación misma del proletariado. En el presente sólo podremos escapar al estancamiento mediante la creación de comunidades modelo. La tierra bajo nuestros pies ha de ser fortalecida paso a paso; no debemos obrar sin reflexión o demasiado precipitadamente, pero tampoco perder el tiempo en fantásticos experimentos burocráticos. En un momento dado, el estado será capaz, con la ayuda de los soviets locales, unidades cooperativas y demás, de socializar el trabajo realizado, ampliarlo y profundizarlo. De este modo la familia humana, según palabras de Engels, “pasará del reino de la necesidad al reino de la libertad”.

V - LA FAMILIA Y LA CEREMONIA

La ceremonia religiosa esclaviza a todos los trabajadores, incluso al de poca o ninguna creencia religiosa, en los tres grandes momentos de la vida del hombre: nacimiento, enlace y muerte. El estado socialista ha rechazado la ceremonia religiosa y ha informado a sus ciudadanos que tenían el derecho de nacer, casarse y morir sin los misteriosos gestos y exhortaciones de individuos cubiertos con togas, sotanas y demás vestiduras eclesiásticas. Pero a la costumbre le es más difícil que al estado suprimir las ceremonias. La vida de la familia trabajadora es demasiado monótona, y es precisamente la monotonía la que desgasta el sistema nervioso. De aquí se deriva el gusto por el alcohol, una pequeña botella que encierra en sí todo un mundo de imágenes. De ahí la necesidad de la iglesia y sus rituales. ¿Cómo se ha de celebrar el nacimiento de un niño en la familia? ¿Cómo se ha de pagar el tributo de afecto al querido difunto? Los rituales de la iglesia responden a esta necesidad de embellecer y celebrar acontecimientos claves de la vida.

¿Cómo podemos combatirlos? La superstición, que yace en la raíz de todo ritual, debe, por supuesto, ser atacada por medio de una crítica racional y una actitud realista y atea frente a la naturaleza y sus fuerzas. Pero la cuestión de una propaganda científica y crítica no agota el problema; en primer lugar porque apela sólo a una minoría, cuando en realidad incluso esa minoría siente la necesidad de enriquecer, mejorar y ennoblecer su vida, lo que en última instancia resulta ser lo más importante.

El estado de los trabajadores tiene ya sus festivales, desfiles, revistas de tropas y todo tipo de espectáculos simbólicos; las nuevas ceremonias teatrales del estado. Es verdad que en lo fundamental están demasiado conectados con las viejas formas a las cuales imitan y perpetúan. Pero en líneas generales el simbolismo revolucionario es novedoso, distinto y de gran peso: la bandera roja, la estrella roja, el trabajador, el campesino, la Internacional. Pero en el cerrado recinto de la vida familiar lo nuevo no ha penetrado o al menos lo ha hecho apenas, en tanto que la vida del individuo se halla estrechamente ligada a la familia. Esto explica por qué en materia de imágenes, bautismos, funerales religiosos, la balanza está del lado de la costumbre. Los miembros más revolucionarios de la familia nada tienen que ofrecer en su reemplazo. Los argumentos teóricos sólo funcionan a nivel del pensamiento. Las ceremonias espectaculares, en cambio, actúan sobre los sentidos y la imaginación. Y, por lo tanto, la influencia de estas últimas es mucho más amplia. De ahí que en los círculos más comunistas haya surgido la necesidad de reemplazar las viejas prácticas por nuevas formas, nuevos símbolos, no sólo en el dominio de la vida cívica donde esto ha sido ampliamente realizado, sino también en lo referente a la familia.

Entre los trabajadores existe la tendencia a celebrar el cumpleaños en lugar del día del santo, y dar a los recién nacidos nombres que simbolizan ideas o acontecimientos nuevos y familiares, antes que el nombre de un santo. En los debates de los propagandistas de Moscú fue donde por primera vez me enteré que el nombre de mujer Octobrina estaba de algún modo asociado al derecho de ciudadanía.

Existe un nombre Ninel (Lenin deletreado al revés) y Rem (Revolución, Electrificación, *Mir* [paz]). También se ha dado a los niños el nombre cristiano de Vladimir, Ilich y aun Lenin, así como el de Rosa (en honor de Rosa Luxemburgo) y muchos otros por el estilo, lo que pone de manifiesto el deseo de enlazar todo con la revolución.

Hubo casos en el Favzaskom en que el nacimiento de un niño fue celebrado con una ficticia ceremonia de “inspección” y un especial decreto protocolar en que se añadía el nombre del niño a la lista de los ciudadanos de la R.S.F.R. [República Socialista Federativa Rusa]. La ceremonia fue seguida de un banquete. En una familia de trabajadores el aprendizaje de un muchacho es celebrado asimismo como si se tratase de una fiesta. En tanto está orientado a la elección de un oficio, y en última instancia, de un género de vida, es un hecho de real importancia. Se trata de una gran oportunidad para la intervención de los sindicatos. En general, éstos deben desempeñar un papel más importante en la creación de las nuevas formas de vida. Las corporaciones de la Edad Media debieron su poder e influencia al hecho de que abarcaban la vida del aprendiz en todos sus aspectos. Saludaban al niño el día de su nacimiento, lo conducían hasta la puerta de la escuela y a la iglesia cuando se casaba, y lo enterraban cuando había cumplido con los deberes de su profesión. Las corporaciones no eran simplemente confederaciones de gremios; eran la vida organizada de la comunidad. Actualmente nuestras uniones industriales evolucionan siguiendo los mismos rumbos, pero con la diferencia, por cierto, de que en oposición a las del medioevo, las nuevas formas de vida llegarán a independizarse de la iglesia y sus supersticiones, y estarán imbuidas del firme propósito de aprovechar cada conquista de la ciencia y la mecánica para hacer la vida más bella y próspera.

Si se quiere, el matrimonio puede más fácilmente prescindir de la ceremonia. Sin embargo, aun en lo que a éste concierne, ¿cuántos “malentendidos” y exclusiones del partido se han producido a causa de los casamientos por la iglesia? La costumbre se resiste a aceptar el mero matrimonio, no santificado por una ceremonia espectacular.

En cuanto a las exequias es una cuestión mucho más delicada y difícil de resolver. Ser enterrado sin los debidos funerales es tan inusual, deshonroso y monstruoso como crecer sin haber sido bautizado. Allí donde la personalidad del difunto exige un funeral de carácter político, se ha dispuesto el escenario para un nuevo tipo de ceremonia fastuosa, infundida del simbolismo de la revolución: el rojo estandarte, la marcha fúnebre revolucionaria, las salvas de despedida. Algunos de los miembros de la conferencia de Moscú señalaron la necesidad de una rápida adopción de la cremación y propusieron, para sentar un antecedente, la cremación de los restos de prominentes revolucionarios. Con razón vieron en ello un arma poderosa para ser usada en la propaganda anticlerical y antirreligiosa. Pero la cremación, que nosotros hemos adoptado hace tiempo, no significa el abandono de los mítines, oraciones fúnebres, marchas, salvas de honor. La necesidad de una manifestación exterior de las emociones es fuerte y legítima. Si lo espectacular ha estado en el pasado estrechamente vinculado con la iglesia, no hay motivo alguno, como ya lo hemos expresado, por el cual, ahora, no pueda ser separado. El teatro se separó de la iglesia mucho más pronto que la iglesia del estado. En los primeros tiempos la iglesia luchó intensamente contra el teatro “profano” plenamente consciente de que constituía un rival peligroso en materia de espectáculos. El teatro murió salvo en su calidad de exhibición en un recinto cerrado. Pero los usos y costumbres que utilizaban las formas de espectáculo funcionaron como instrumentos para la preservación de la iglesia. A este respecto la iglesia tenía otros rivales que se presentaban bajo la forma de sociedades secretas tales como la de los francmasones. Pero ellos fueron atravesados, penetrados de lado a lado, de uno a otro extremo, por una clerecía profana. La creación de un

“ceremonial” revolucionario de uso (usamos el término “ceremonial” a falta de otro mejor) que suplante el “ceremonial” eclesiástico, es posible, no sólo en ocasión de los acontecimientos públicos o políticos, sino también de los hechos de la vida familiar. Ya, ahora, una banda cualquiera que toque una marcha fúnebre compite exitosamente con la música fúnebre eclesiástica. Y nosotros debemos, por supuesto, unirnos a la banda en su lucha contra el ritual religioso basado en una sumisa creencia en otro mundo donde seríamos recompensados mil veces por las miserias e infortunios de éste. Un aliado mucho más poderoso aún es el cinematógrafo.

La creación de nuevas formas de vida y ceremoniales de uso avanzará más aprisa a medida que se extienda la educación y crezca la seguridad, económica. Tenemos muchos motivos para atender a este proceso con el máximo cuidado. Por supuesto, no debe existir ningún tipo de compulsiones que venga de arriba, sea por ejemplo, la burocratización de los nuevos modos de vida. Sólo mediante la creatividad de las grandes masas del pueblo, asistidas por la iniciativa artística y la imaginación creadora, podremos en el curso de años y tal vez de décadas, descubrirnos en camino para el logro de formas de vida más nobles y elevadas. Sin llegar a regular este proceso creativo, nosotros debemos, sin embargo, impulsarlo cada día. Con este propósito, es preciso ante todo que la tendencia a la oscuridad y al ofuscamiento dé lugar a la luz. Debemos observar atentamente lo que ocurre a este respecto en la familia obrera y en la familia soviética en general. Cada forma nueva, aun cuando resulte malograda o sea una mera aproximación, debe ser consignada por la prensa y llevada a conocimiento público, a fin de estimular la imaginación y el interés de todos, y dar el impulso necesario para próximas creaciones colectivas en lo referente a las nuevas costumbres.

El Konsomol tiene un puesto de honor en esta tarea. No toda invención es exitosa, no todo proyecto es viable. ¿Qué importa? La elección adecuada llegará en el momento oportuno. La nueva vida adoptará las formas más acomodadas a su propio sentir. El resultado será una vida más rica, más amplia, más llena de color y armonía. Esta es la esencia del problema.

VI - CIVILIDAD Y CORTESIA COMO NECESARIO LUBRICANTE DE LAS RELACIONES COTIDIANAS

Durante las muchas discusiones sobre el funcionamiento de nuestro estado, el camarada Kiselev, Presidente del Consejo Subsidiario de los Delegados del Pueblo, pone en primer lugar, o, al menos, vuelve a traer a colación, un aspecto del problema que es de gran importancia. ¿En qué sentido la maquinaria del estado entra en contacto directo con el pueblo? ¿Cómo se comporta con él? ¿Cómo trata al demandante, a la persona que ha sufrido una injusticia, al viejo “peticionante”? ¿Cómo atiende al individuo? ¿Cómo se dirige a él, si es que en realidad se dirige?... Esto, también, constituye un factor importante de la “vida”.

En este tema, sin embargo debemos separar dos aspectos: forma y sustancia.

En todos los países democráticos civilizados la burocracia “sirve”, por supuesto, al pueblo. Esto no impide, sin embargo, que se eleve por encima de éste como si se tratara de una compacta casta profesional. Actualmente ya sea en Francia, Suiza o EE.UU., sólo es útil a los magnates capitalistas, más aún se comporta servilmente con ellos, mientras que trata arrogantemente a los trabajadores y campesinos. Pero en las “democracias” civilizadas este hecho está revestido de ciertas formas de civilidad y cortesía, de mayor o menor grado según los diferentes países. Pero cuando es necesario (y eso ocurre diariamente) la excusa de la civilidad es fácilmente echada a un lado por el puño de la policía; los huelguistas son apaleados en las comisarías de policía de París, Nueva York, y

otros centros del mundo. Como quiera que sea, la civilidad “democrática”, en las relaciones entre la burocracia y el pueblo, es en lo esencial un producto y herencia de las revoluciones burguesas. La explotación del hombre por el hombre conserva su vigencia, ahora menos “brutal” y adornada con el pretexto de la igualdad y la urbanidad de las costumbres. En tanto contiene junto a los gérmenes de las nuevas relaciones humanas tradiciones provenientes de distintas épocas, nuestra máquina burocrática soviética es única y compleja. Entre nosotros, como regla general, la civilidad no existe. En cambio, es fácil observar gran cantidad de esa rusticidad heredada del pasado. Pero no es nada homogénea. Se trata de la simple rusticidad de origen campesino que, por cierto, no es plausible pero tampoco degradante. Sólo se vuelve insoportable y objetivamente reaccionaria, cuando nuestros jóvenes novelistas la exaltan como si se tratase de una excelente adquisición “artística”. Los elementos más adelantados de los trabajadores miran esa falsa sencillez con una hostilidad instintiva, porque precisamente en el lenguaje o el comportamiento vulgar perciben las huellas de la vieja esclavitud, mientras que ellos con su disciplina interna aspiran a adquirir un lenguaje culto. Pero esto sea dicho de paso...

Al lado de este tipo de rusticidad apacible, la habitual rusticidad pasiva del campesino, tenemos otra de tipo especial: la incivildad revolucionaria, la torpeza de los líderes, debido a la impaciencia, a un deseo por demás exacerbado, por mejorar las cosas, a la violencia provocada por nuestra indiferencia ante todas las pruebas de un esfuerzo vigoroso. Por supuesto, considerada en sí misma, esta torpeza tampoco es muy atractiva y en general evitamos caer en ella; pero finalmente se sustenta en la misma fuente de la moral revolucionaria, la cual en más de una ocasión durante los últimos años ha sido capaz de mover montañas. En este caso, no es la sustancia que en general es creadora, progresista y bien intencionada, lo que debe transformarse sino más bien las formas distorsionadas...

Y todavía tenemos (y he aquí la gran piedra del escándalo) la torpeza de la vieja aristocracia que arrastra consigo las formas características del feudalismo. Este tipo de torpeza es viciosa y vil en todos sus aspectos. Entre nosotros aún no se ha erradicado por completo, y lograrlo no es nada fácil.

En los distritos de Moscú, especialmente en los más importantes, esta brutalidad aristocrática no se manifiesta de un modo agresivo, gritando, por ejemplo, o sacudiéndole un puñetazo en la nariz a algún peticionante; es mucho más corriente que lo haga a través de una despiadada formalidad. Por supuesto esta última no es la única causa de la “burocracia”, un motivo de gran peso es la total indiferencia por la vida del ser humano y su empeñoso esfuerzo por la subsistencia. Si pudiéramos realizar una apreciación sensible de los modos, réplicas, explicaciones, ordenanzas y decretos de todas las células del organismo burocrático, aun cuando se trate tan sólo de un día ordinario de Moscú, el resultado será una total confusión. En cuanto a la provincia, es todavía peor, especialmente a lo largo de la frontera donde linda la ciudad con el campo, la frontera que es la parte más vital de todas.

La “burocracia” es un complejo, en ningún sentido un fenómeno homogéneo; se trata, por el contrario, de un conglomerado de fenómenos y procesos de distintos orígenes históricos. Los principios que sustentan y nutren la “burocracia” son también sumamente diversos. El más importante es el nivel de nuestra cultura; el atraso y el analfabetismo de una vasta proporción del pueblo. La confusión general resultante de una maquinaria estatal en constante proceso de reconstrucción, inevitable en un período de revolución, es en sí mismo la causa de la mayor parte de las fricciones superfluas que desempeñan un papel importante en la conformación de la “burocracia”. La causa de lo más repulsivo de sus formas es la heterogeneidad de clases de la máquina soviética; la confusa mezcla de tradiciones aristocráticas, burguesas y soviéticas.

Por lo tanto la lucha contra la “burocracia” no puede tener más que un carácter diversificado. En su base se halla la lucha contra el bajo nivel de cultura e higiene, contra el analfabetismo y la miseria. El mejoramiento técnico de la maquinaria, la reducción del número de funcionarios, la introducción de una mayor organización, minuciosidad y exactitud en el trabajo y otras medidas de naturaleza semejante, no agotan, por supuesto, el problema histórico, pero ayudan a debilitar los aspectos más negativos de la “burocracia”. Se le ha dado gran importancia a la formación de un nuevo tipo de burócrata soviético: los nuevos especialistas. Pero tampoco en esto debemos engañarnos. Son enormes las dificultades que se presentan para que, en un período de transición y por intermedio de preceptores heredados del pasado, un millar de trabajadores sean formados conforme a los nuevos cánones; espíritu de colaboración, sencillez y humanidad. Son enormes, pero no insuperables. No puede lograrse de inmediato, sino sólo gradualmente, por la aparición de una “edición” más y más mejorada de la juventud soviética.

Las medidas enumeradas necesitarán comparativamente largos años para su cumplimiento, pero en ningún sentido excluyen una lucha inmediata y sin demora contra la “burocracia”, contra el menosprecio oficial por el ser humano y sus necesidades, contra el verdadero nihilismo corruptor que enfrenta todo lo terrestre con una indiferencia estática, con una desesperanza cobarde que rehúsa conocer las causas de su propia dependencia, con un sabotaje consciente, y lucha también contra el instintivo odio de una aristocracia desposeída hacia la clase que la desposeyó. He aquí las principales causas de la rusticidad, que espera la aplicación de la palanca revolucionaria.

Debemos alcanzar una condición, que ponga fin al inexcusable servilismo individual de la clase trabajadora y ésta pierda sus inhibiciones frente a los despachos gubernamentales a los que necesariamente debe acudir. Debe prestarse principal atención a su prolongada desesperanza, a su prolongada ignorancia y oscuridad. Es un requisito esencial que sea no sólo liberada sino, también, ayudada para su transformación. Conforme a este propósito, además de otras medidas, es fundamentalmente necesario que nuestra opinión pública soviética mantenga la cuestión constantemente en primer plano, estudiándola desde el ángulo más amplio posible, en especial el verdadero revolucionario soviético, comunista, hábiles elementos de la maquinaria estatal, entre los cuales felizmente hay tantos que colaboran para su mantenimiento y progreso.

La prensa puede cumplir un papel decisivo al respecto.

Desafortunadamente, nuestros periódicos, en general, proporcionan muy poco material informativo con respecto a la vida cotidiana. Si a veces se brinda tal información, lo más frecuente es que se lo haga a través de artículos estereotipados, tales como: “Existe una fábrica tal y tal. En la fábrica hay un comité y un director. El comité de la fábrica hace tal y tal cosa, el director dirige.” Mientras en ese mismo momento nuestra vida real está llena de color y es rica en episodios instructivos, particularmente a lo largo de la línea donde la maquinaria estatal entra en contacto con la masa del pueblo. No tenéis más que arremangaros...

Por supuesto, una tarea de iluminación e instrucción de este tipo debe cuidarse mucho de la intriga, debe despojarse de la hipocresía y de toda forma de demagogia.

Un “programa calendario” ejemplar tendrá por fin particularizar un centenar de servidores civiles; particularizar total e imparcialmente un centenar de servidores que han demostrado un profundo menosprecio de sus deberes para con las masas trabajadoras, y públicamente, quizá a través de un juicio, arrojarlos de la máquina del estado, de modo que nunca puedan volver a instalarse en ella. Será un buen comienzo. No debe esperarse que como resultado de ello ocurran milagros. Pero un pequeño cambio de lo viejo a lo nuevo constituye un útil paso adelante, de mucho más valor que el más grande de los discursos.

VII - LA LUCHA POR UN LENGUAJE CULTO

He leído últimamente en uno de nuestros periódicos que en una asamblea general de trabajadores en la fábrica de calzado *La Comuna de París*, se aprobó una resolución que ordena abstenerse de blasfemar, e impone multas a quien haga uso de expresiones injuriosas.

Este es un pequeño incidente en medio de la gran confusión de la hora actual, Pero un pequeño incidente de gran peso. Su importancia, con todo, depende de la respuesta que encuentre en la clase trabajadora la iniciativa de la fábrica de calzado.

El lenguaje insultante y las blasfemias constituyen un legado de la esclavitud, de la humillación y falta de respeto por la dignidad humana, tanto la propia como la de los demás. Esto es exactamente lo que ocurre en Rusia respecto de las blasfemias. Me gustaría que nuestros filólogos, lingüistas y especialistas en folklore me dijeran si conocen en cualquier otro idioma términos tan disolutos, vulgares y bajos como los que tenemos en ruso. Hasta donde yo sé, nada o casi nada parecido existe fuera de nuestro país. El lenguaje blasfemo en nuestras clases socialmente inferiores era el resultado de la desesperación, la amargura y, sobretudo, de la esclavitud sin esperanza ni evasión. El lenguaje blasfemo de nuestras clases altas, el lenguaje que salía de las gargantas de la aristocracia y de los funcionarios, era el resultado del régimen clasista, del orgullo de los propietarios de esclavos y del poder incommovible. Se supone que los proverbios contienen la sabiduría de las masas; los proverbios rusos, además, revelan su ignorancia y su tendencia a la superstición, así como su condición de esclavitud. “El abuso no golpea hasta el cuello”, dice un proverbio ruso, demostrando que no sólo se acepta la esclavitud como un hecho sino que se está obligado a sufrir la humillación que implica. Dos corrientes de procazidad rusa (el lenguaje blasfemo de los amos, los funcionarios y los policías, grueso y rotundo; y el lenguaje blasfemo, hambriento, desesperado y atormentado de las masas) han teñido toda la vida rusa con matices despreciables. Tal fue el legado que, entre otros, recibió del pasado la revolución.

La revolución, sin embargo, es primordialmente el despertar de la personalidad humana en el seno de las masas, en esas masas que supuestamente no poseían ninguna personalidad. Pese a la crueldad ocasional y a la sanguinaria inexorabilidad de sus métodos, la revolución se caracteriza, inicialmente y, por sobre todo, por un creciente respeto a la dignidad del individuo y por un interés cada vez mayor por los débiles. Una revolución no es digna de llamarse tal si, con todo el poder y todos los medios de que dispone, no es capaz de ayudar a la mujer (doble o triplemente esclavizada como lo fue en el pasado) a salir a flote y avanzar por el camino del progreso social e individual. Una revolución no es digna de llamarse tal si no prodiga el mayor cuidado posible a los niños, la futura generación para cuyo beneficio, precisamente, se llevó a cabo la revolución. Pero, ¿cómo puede crearse una nueva vida basada en la consideración mutua, en el respeto a sí mismo, en la verdadera igualdad de las mujeres (quienes deben ser estimadas en el mismo grado que los hombres trabajadores), en el cuidado eficiente de los niños, en medio de una atmósfera envenenada por el rugiente, fragoroso y resonante lenguaje blasfemo de los amos y los esclavos, ese lenguaje que no perdona a nadie y que no se detiene ante nada? La lucha contra el “lenguaje procaz” es un requisito esencial de la higiene mental, de la misma manera que la lucha contra la suciedad y las alimañas es un requisito de la higiene física.

Terminar radicalmente con el lenguaje injurioso no es cosa fácil si se tiene en cuenta que el desenfreno en el lenguaje tiene raíces psicológicas y es una consecuencia del escaso grado de cultura de los suburbios. Por cierto, damos la bienvenida a la iniciativa de la fábrica de calzado y sobre todo deseamos mucha perseverancia a los promotores de los nuevos movimientos. Los hábitos psicológicos, que se transmiten de generación en

generación y saturan todo el clima de la vida, son sumamente tenaces. Por otra parte, ¿con cuánta frecuencia nos lanzamos en Rusia impetuosamente hacia adelante, agotamos nuestras fuerzas y después dejamos que las cosas sigan a la deriva como antaño?

Confiemos en que las mujeres trabajadoras (y, en primer lugar, las que pertenecen a las filas comunistas) apoyen la iniciativa de la fábrica *La Comuna de París*. Por regla general (que por supuesto admite sus excepciones) los hombres que comúnmente emplean un lenguaje desenfrenado, desprecian a las mujeres y les prestan poca atención. Esto no se aplica tan sólo a las masas incultas sino también a los elementos avanzados y aun a los llamados “responsables” del actual orden social. No puede negarse que las viejas formas prerrevolucionarias de lenguaje procaz siguen todavía en uso, seis años después de Octubre, y que incluso están de moda en las “altas esferas”. Cuando se encuentran fuera de la ciudad, especialmente fuera de Moscú, nuestros mandatarios consideran en cierto sentido como un deber el uso de expresiones fuertes. Evidentemente, ven en ello un método de entrar en contacto más profundamente con el campesinado.

Tanto en el aspecto económico como en todos los demás aspectos, nuestra vida en Rusia ofrece los contrastes más notables. En un sector muy estratégico del país, cerca de Moscú, hay miles de pantanos y caminos intransitables y cerca de ellos surge de pronto una fábrica que por su equipo técnico podría muy bien sorprender a cualquier ingeniero europeo o americano. Contrastes similares abundan en nuestra vida nacional. Junto a algunos gobernantes rapaces del viejo estilo, que atravesaron el período de revolución y expropiación comprometidos en la estafa y en el enmascaramiento y legalización del peculado, y que conservan intactas entre tanto toda su vulgaridad y rapacidad suburbanas, junto a ellos, podemos observar el mejor estilo comunista proveniente de la clase trabajadora, quienes día a día consagran sus vidas a servir a los intereses del proletariado internacional, y están listos si se presenta la oportunidad para luchar por la causa revolucionaria en cualquier país, incluidos aquellos que no sabrían ubicar en el mapa. Además de tales contrastes sociales (una torpe bestialidad y el más alto idealismo revolucionario), a menudo presenciamos contrastes psicológicos de la misma tendencia. Un hombre es un comunista ortodoxo devoto a la causa, pero las mujeres son para él tan sólo “hembras” que en ningún sentido son tomadas en serio. O a veces ocurre que el muy respetado comunista cuando discute cuestiones nacionales comienza a exponer inusualmente ideas reaccionarias. Con respecto a esto debemos recordar que los distintos aspectos de la conciencia humana no se transforman y desarrollan simultáneamente por rumbos paralelos. Existe una cierta economía en el proceso. La psicología humana es por naturaleza muy conservadora, y el cambio debido a las demandas e impulsos de la vida afecta en primer lugar a los aspectos de la mente que le conciernen en forma directa. En Rusia, el desarrollo social y político de las últimas décadas tuvo lugar de un modo un tanto inusual, con sorprendentes saltos y sobresaltos y esto tiene que ver con nuestra desorganización y confusión presente, que no concierne sólo a lo político y económico. El mismo proceso irregular en el desarrollo mental de mucha gente dio por resultado una muy curiosa mezcla de avanzados puntos de vista políticos cuidadosamente elaborados con tendencias, hábitos y en algunos casos ideas que son un directo legado de las ancestrales leyes domésticas. Para obviar tales efectos, debemos poner en orden la faz intelectual, debemos examinar a través de métodos marxistas todo el complejo mental del hombre, y en esto ha de consistir el esquema general de educación y autoeducación del partido comenzando por sus dirigentes. Pero aquí también, el problema es bastante complicado y no puede ser resuelto tan sólo por la instrucción escolar y los libros; las raíces de la desorganización y confusión están en las condiciones en que se vive. La psicología en última instancia está determinada por la vida. Pero dicha dependencia no es puramente automática y mecánica; se trata más bien de una activa y recíproca determinación. Por lo

tanto el problema debe ser encarado de diferentes modos; el de los trabajadores de la fábrica *La Comuna de París* es uno de tantos. Les deseamos a todos ellos el mayor de los éxitos.

P.S. La lucha contra la vulgaridad del lenguaje es también parte de la lucha por la pureza, claridad y belleza de la lengua rusa.

Los necios reaccionarios sostienen que la revolución, sin haber llegado a destruirla del todo, está en camino de estropear la lengua rusa. De hecho, existe actualmente una enorme cantidad de términos en uso que han surgido por casualidad, muchos de ellos expresiones groseras y del todo innecesarias, otros contrarios al espíritu de nuestra lengua. Y, sin embargo, estos tontos reaccionarios están tan equivocados acerca del futuro de la lengua rusa como acerca de todo el resto. En efecto, a pesar y más allá del desorden revolucionario, nuestro lenguaje se irá rejuveneciendo y fortaleciendo con una mayor flexibilidad y delicadeza. El lenguaje obviamente osificado, burocrático y liberal de nuestra prensa prerrevolucionaria se halla ya considerablemente enriquecido por nuevas formas descriptivas, por nuevas expresiones mucho más precisas y dinámicas. Pero a través de estos tumultuosos años nuestro idioma, por cierto, se ha ido obstruyendo cada vez más, y parte de nuestro progreso cultural se ha manifestado, entre otras cosas, en el hecho de haber desechado todos los términos y expresiones innecesarios, así como aquellos que no concuerdan con el espíritu de nuestra lengua, mientras por otra parte se han reservado las valiosas e incuestionables adquisiciones lingüísticas del período revolucionario.

El lenguaje es el instrumento del pensamiento. La corrección y precisión del lenguaje es condición indispensable de un pensamiento recto y preciso. El poder político ha pasado, y no por primera vez en nuestra historia, a manos de los trabajadores. La clase trabajadora dispone de un gran cúmulo de trabajo y experiencia vital y un idioma basado en dicha experiencia. Pero nuestro proletariado no ha recibido la suficiente instrucción preparatoria acerca de los rudimentos de lectura y escritura, para no hablar de su formación literaria. Y he aquí el motivo por el cual la ahora gobernante clase trabajadora, que en sí misma y por su naturaleza social es una poderosa guardiana de la integridad y grandeza de la lengua rusa del futuro, hoy no se levanta, sin embargo, con toda la energía necesaria para luchar contra la intrusión de expresiones y términos viciosos, inútiles y a menudo desagradables. Cuando la gente dice “un par de semanas”, “un par de meses” (en lugar de varias semanas, varios meses), resulta estúpido y feo. En lugar de enriquecer el lenguaje ello lo empobrece: la palabra “par” pierde en el proceso su significado real (el que tiene en la expresión “un par de botas”). Las expresiones y los términos erróneos han entrado en uso a raíz de la intrusión de palabras extranjeras mal pronunciadas. Los oradores proletarios, aun aquellos que debieran saber hablar mejor, dicen, por ejemplo, “incidente” en lugar de “incidente”, o dicen “instito” en lugar de “instinto”, o “legularmente” en lugar de “regularmente”. Tales pronunciaciones erróneas tampoco eran poco frecuentes en el pasado antes de la revolución. Pero ahora parecen adquirir cierto derecho de ciudadanía. Nadie corrige esas expresiones defectuosas por una especie de falso orgullo. Eso es un error. La lucha por una mayor educación y cultura proveerá a los elementos avanzados de la clase trabajadora todos los recursos de la lengua rusa en su mayor grado de riqueza, sutileza y refinamiento. Para preservar la grandeza del lenguaje, todos los términos y expresiones defectuosos deben ser desechados del habla cotidiana. El lenguaje también tiene necesidad de una higiene. Y no en menor grado, sino mucho más que las otras, la clase trabajadora necesita un lenguaje sano, ya que, por primera vez en la historia, comienza a pensar independientemente acerca de la naturaleza, acerca de la vida y sus fundamentos; y el instrumento indispensable de todo pensamiento correcto es la claridad y agudeza del lenguaje.

VIII - CONTRA LA BUROCRACIA, PROGRESISTA Y NO PROGRESISTA

He de hablar otra vez y probablemente no sea la última sobre los problemas de la vida de la clase trabajadora. Mi objetivo al respecto es defender el creciente y, a mi juicio, más legítimo interés de las masas contra los ataques de las críticas más burocráticas que progresistas.

La burocracia progresista desaprueba todas las discusiones que sobre los problemas de la vida se lleven a cabo en la prensa, en clubes y en mítines. ¿Cuál es la utilidad, se preguntan, de perder tiempo en discusiones? Dejad que las autoridades comiencen a hacer funcionar los comedores comunales, las lavanderías, los albergues, etc. Y estos necios burócratas agregan a menudo (o más bien susurran o dan por supuesto, pues prefieren eso antes que hablar abiertamente): “Es pura palabrería, y nada más.” Sin duda el burócrata supone (me pregunto si tiene en manos algún brillante plan financiero) que cuando seamos ricos, y sin necesidad de más palabras, obsequiaremos al proletariado con condiciones de vida más civilizadas como si se tratase de un regalo de cumpleaños. No hay ninguna necesidad, afirman tales críticos, de realizar una propaganda dirigida a las masas, a favor de condiciones socialistas; el mismo proceso de trabajo crea “un sentido de sociabilidad”.

¿Qué tendríamos que responder a semejantes argumentos? Si el mencionado “sentido de sociabilidad”, creado por el mismo proceso de trabajo, constituyese un medio suficiente para resolver los problemas del socialismo, ¿qué necesidad habría de un partido comunista? Con todo, en realidad, el camino a recorrer desde ese “vago sentido de sociabilidad” hasta una firme voluntad de reconstrucción de la vida es sumamente largo. La tarea de nuestro partido se extiende a lo largo de ese camino. Los problemas acerca de los modos y condiciones de vida deben hacerse conscientes a las masas. Ningún gobierno, ni siquiera el más activo y emprendedor, podrá por ventura proceder a la transformación de la vida sin la iniciativa de las masas. El estado puede organizar las condiciones de vida dentro de las unidades más pequeñas de la comunidad: la familia. Pero a menos que tales unidades se combinen por su propia voluntad y elección en un cuerpo político, ¿podrán, acaso, obtenerse transformaciones serias y radicales en las condiciones económicas y en la vida familiar?

El problema en nuestro caso no se reduce solamente a la necesidad de nuevas instituciones, tales como guarderías, comedores públicos, casas que funcionen como comunidades. Sabemos muy bien que muchas madres han rehusado entregar sus hijos para que sean cuidados en las guarderías. No lo harían tampoco ahora, obstinadas como son por inercia y prejuicio, en su rechazo de toda innovación. Muchas casas que habían sido asignadas a familias que vivían en comunidades han quedado en condiciones lastimosas y se han convertido en inhabitables. Las personas que las habitaron no consideraron las viviendas comunitarias como un comienzo de las nuevas condiciones, las vieron por el contrario como si se tratase de cuarteles provistos por el estado. Como resultado de la falta de preparación, los métodos apresurados, la carencia de una disciplina interna y la escasa cultura, las comunidades muy a menudo han experimentado un fracaso total. Los problemas de las condiciones de vida requieren un examen crítico integral y para ello es necesario disponer de métodos cuidadosamente elaborados. La marcha progresiva debe poseer una base segura en *un acrecentado conocimiento de las condiciones de la vida doméstica y mayores demandas de vida cultural por parte de hombres y mujeres de la clase trabajadora, especialmente de las mujeres.*

Quiero apuntar a unos pocos casos, que ilustran la relación existente entre la iniciativa del estado y la de las masas en lo concerniente a los problemas de las condiciones de vida. En el momento actual, y gracias a la enérgica intervención del camarada Kerjenzev, un elemento de la vida muy importante (la puntualidad) se ha

transformado en objeto de especial atención. Considerando dicho problema desde un punto de vista burocrático, se podría preguntar: “¿Para qué, finalmente, aturrullarse con ese tipo de discusiones? ¿Cuál es la utilidad de emprender una campaña de propaganda, fundar ligas con divisas para sus miembros, etc.? Dejad que las autoridades exijan puntualidad mediante un decreto, e impongan penas en caso de contravención.” Pero tal decreto existe ya hoy en día. Hace unos tres años atrás, apoyado firmemente por el camarada Lenin, conseguí un reglamento acerca de la puntual asistencia a los mítines, comités, etc., promulgado y debidamente ratificado por el partido y los soviets. Como es usual, también existían penas relacionadas con la infracción del decreto. El reglamento produjo algunos efectos, pero desafortunadamente no muchos. Trabajadores muy responsables siguen, todavía hoy en día, llegando con más de media hora de retraso a las reuniones de comité. Crean honestamente que ello se debe a que tienen demasiados compromisos, pero en realidad su impuntualidad es producto del descuido y de un cierto menosprecio del tiempo, del propio y del de los demás. Una persona que llega siempre tarde porque está “terriblemente ocupada”, rinde en su trabajo necesariamente mucho menos que otra que llega siempre a tiempo dondequiera que se le espere. Resulta bastante curioso que durante los debates de nuestra *Liga del tiempo* la gente pareciera simplemente haber olvidado que dicho decreto existía. Por mi parte nunca he visto que la prensa lo mencionase. Esto demuestra cuán difícil es reformar las malas costumbres tan sólo a través de la legislación. Por cierto el decreto arriba mencionado debe ser rescatado del olvido y ser usado como soporte de la *Liga el tiempo*. Pero, si no nos vemos ayudados por el esfuerzo de los elementos más avanzados de la masa laboral para el logro de la eficiencia y puntualidad indispensables, las medidas administrativas no tendrán efecto alguno. Los trabajadores “responsables” deben ser puestos a la luz del control público; así quizá tendrán cuidado de no robar tiempo a cientos y miles de trabajadores.

Tomemos ahora otro caso. Las autoridades han estado luchando durante varios años contra las malas impresiones, pruebas de imprenta, cosido y plegado de folios y libros. Algunas mejorías se han producido, pero no muchas. Y por cierto, estos defectos de nuestras impresiones y ediciones, no se deben a deficiencias técnicas. Los responsables son los lectores que no han alcanzado la instrucción necesaria para ser lo suficientemente exigentes. El *Periódico de los trabajadores*, para tomar un ejemplo entre muchos, sale a circulación (quién sabe por qué) doblado por el largo en lugar de por el ancho de la hoja. Antes de empezar a leerlo, el lector tiene que desarmarlo para volver a doblarlo en la forma correcta y colocar en su sitio la hoja invertida. Hacer todo eso, por ejemplo en un tranvía, no es cosa fácil. Ningún editor burgués se atrevería a presentar a sus lectores un periódico semejante. El *Moscú de los trabajadores* se publica con sus ocho hojas pegadas. Los lectores deben cortarlas con lo primero que hallen a mano, generalmente con los dedos, rasgando la mayoría de las veces parte del texto. El diario queda estropeado y en condiciones poco aptas como para ser pasado a otro lector cuando el primero lo haya leído. ¿Por qué hay que soportar semejante descuido? Por supuesto la burocracia progresiva echará toda la culpa a la inercia de los editores. En verdad, tal inercia es nociva. Luchamos contra ella usando incluso armas tales como las resoluciones de las conferencias del partido. Pero aún peor es la pasividad de los lectores, su manera de desatender a su propio confort, su carencia de hábitos de cultura. De haber tan sólo golpeado con sus puños, una o dos veces (de una manera civilizada, quiero decir), sobre la mesa del editor, éste no se habría atrevido a publicar su periódico con las hojas pegadas.

He aquí el motivo por el cual aun esas cuestiones triviales como el cortado de las hojas de un diario o la encuadernación de los libros, deben ser minuciosamente investigadas y ampliamente discutidas en público. Este es un medio educativo de elevar el nivel cultural de las masas.

Y con más razón todavía se aplica todo lo dicho a la complicada red de las relaciones íntimas de la vida personal y familiar. Nadie, en realidad, imagina que el gobierno soviético va a edificar viviendas admirablemente equipadas, comunidades provistas de toda clase de confort, e invitar al proletariado a abandonar los sitios donde actualmente habita para comenzar a vivir en las nuevas condiciones. Suponiendo incluso que esa gigantesca empresa pueda realizarse (lo que, por supuesto, no está en discusión), ello en nada ayudaría. El pueblo no puede ser coaccionado a adoptar los nuevos hábitos de vida; éstos deben madurar gradualmente en él como lo hicieron sus viejas costumbres. O bien debe deliberada y conscientemente crearse una nueva forma de vida: tal como lo hará en el futuro. La reorganización de la vida debe y puede ser iniciada ya mismo, gracias a los medios provistos por los salarios pagados en las actuales condiciones de nuestro soviét. Cualesquiera sean estos salarios, el manejo de la casa de forma comunitaria es mucho más práctico que el de cada familia por separado. Una sola cocina en una amplia sala ensanchada a expensas de dos o tres habitaciones contiguas, es una disposición más provechosa que cinco, para no hablar de diez cocinas separadas. Pero si los cambios deben ser efectuados por iniciativa de las masas (con el apoyo de las autoridades) es obvio que un vago “sentido de sociabilidad” no podrá por sí mismo llevarlos a cabo. Nuestro deber es procurarnos una clara comprensión de las cosas tal como son y tal como deberían ser. Sabemos cuán enormemente se ha beneficiado el desarrollo de la clase trabajadora, gracias al reemplazo de los convenios personales por los colectivos, y qué trabajo minucioso deben realizar los sindicatos, cuán cuidadosamente, deben ser discutidas, para llegar a un acuerdo, todas las cuestiones y detalles técnicos en las reuniones de delegados y demás asambleas. El reemplazo de las viviendas separadas por aquellas donde varias familias llevan una vida de hogar en común, es mucho más complicado y de importancia fundamental. El viejo tipo de recluida vida familiar se ha desarrollado a espaldas del pueblo, mientras que una nueva vida fundada sobre bases comunitarias necesita para su aparición de un esfuerzo consciente por parte de todos los que participan en el cambio. El primer paso hacia un nuevo orden de vida debe consistir, por lo tanto, en hacer evidente la contradicción entre las viejas costumbres y las nuevas exigencias de la vida, contradicción que se hace cada vez más intolerable. Esta es la tarea que el partido revolucionario debe cumplir. La clase trabajadora debe ser consciente de las contradicciones que se dan en el seno de la vida familiar, debe hacer que el núcleo del problema devenga plenamente inteligible, y cuando esto se logre, aunque más no fuese a través de los elementos más avanzados de la clase, ninguna inercia de los burócratas soviéticos se levantará contra el claro designio del proletariado.

Para dar fin a esta polémica contra los puntos de vista burocráticos en lo concerniente a los problemas de las formas de vida, traeré a colación una anécdota ilustrativa del camarada Karchevsky, quien trató de abordar el problema de la reforma de la vida doméstica por métodos de cooperativas. “En el día de la cooperación internacional”, escribe Karchevsky (estoy citando una carta dirigida a mí), “he hablado con mis vecinos de piso, gente muy humilde de la clase trabajadora. Al comienzo nada parecía propicio. ‘Abajo las cooperativas’, dijeron. ‘¿Qué utilidad tienen? ¡Cargan los precios más que en los mercados, y hay que caminar leguas antes de llegar a uno de esos abastecimientos!’ Y así continuaron. Ensayé, pues, otro método. ‘Bueno’, dije, ‘supongan que nuestro sistema cooperativo está equivocado en un 90 %. Pero analicemos la idea y los fines de la cooperación y a fin de considerar y lograr una mejor comprensión de nuestros hábitos de propiedad, prestemos atención en primer lugar a nuestros intereses y necesidades.’ Por supuesto, todos convinieron en la necesidad de un club, una guardería, una cocina común, una escuela, una lavandería, un patio de juegos para los niños, etc. Veamos cómo podemos conseguir todo eso. Entonces uno de ellos sumamente nervioso e

irritado gritó: ‘Usted dice que vamos a tener una comunidad adecuadamente equipada, pero todavía no vemos nada de eso.’ Lo detuve: ‘¿Quién es *usted*? Aquí todos nos hemos puesto de acuerdo sobre la necesidad de contar con estas instituciones bien organizadas. ¿No acaba usted de lamentar que los chicos deban soportar la humedad de su apartamento demasiado bajo, y que su mujer se sienta atada como una esclava a la cocina? El cambio de estas condiciones es el deseo compartido por todos nosotros. Intentemos manejar mejor las cosas. ¿Cómo lo haremos? Hay ocho pisos en nuestro edificio. El patio interior es pequeño. Faltan habitaciones para muchas cosas necesarias y cualquier cambio que intentemos realizar resultará demasiado costoso.’ Comenzó a discutirse la cuestión. Yo hice una sugerencia: ‘¿Por qué no formar una comunidad más grande, el distrito, y reunir nuestras fuerzas para la consumación de nuestro proyecto?’ Inmediatamente las sugerencias comenzaron a fluir, y se discutieron toda suerte de posibilidades. Un hombre, con un punto de vista un tanto burgués sobre la propiedad, hizo un ofrecimiento muy característico: ‘La propiedad privada de las viviendas se ha abolido, dijo. Derribemos los cercos y construyamos un pozo ciego para todo el distrito.’ Y otro agregó: ‘Podemos instalar en el medio un patio de juegos para los niños.’ Luego llegó un tercero con una sugerencia: ‘Pidamos a las autoridades soviéticas que nos den una gran casa en el distrito, o, al menos, ingeniémonos de alguna manera para conseguir un local para un club y una escuela.’ Luego se hicieron más pedidos y sugerencias: ‘¿Y qué acerca de una cocina común y una guardería? Ustedes los hombres sólo piensan en sí mismos (eso vino de las mujeres), para nada piensan en nosotras.’

“Ahora cada vez que los encuentro, me preguntan, en especial las mujeres: ‘¿Qué hay de su plan? Comencemos la tarea. ¿Acaso eso no sería más conveniente?’ Proponen convocar a una reunión de distrito para discutir el asunto. Cada distrito cuenta con unos diez o veinte comunistas que viven en él, y tengo la esperanza que con el apoyo del partido y las instituciones de los soviets, tendremos la posibilidad de hacerlo algo...”

Este caso concuerda con la idea general que he expuesto y muestra cuán conveniente es que los problemas de la vida cotidiana sean desgranados por los molineros del pensamiento proletario colectivo. Los molineros son fuertes, y podrán dominar todo aquello que les sea dado para desgranar.

Y la anécdota nos deja otra lección.

“Ustedes sólo piensan en sí mismos” dijeron las mujeres al camarada Karchevsky, “y para nada piensan en nosotras”. Es bastante cierto, que en la esfera de la vida cotidiana el egoísmo de los hombres no tiene límites. Si en realidad, queremos transformar las condiciones de vida debemos aprender a mirarlas a través de los ojos femeninos. Esto corresponde, sin embargo, a otro problema; espero en otra oportunidad tener con ustedes una charla sobre el tema.

IX - COMO EMPEZAR

Los problemas de la vida de la clase trabajadora, en especial los problemas de la vida familiar, han empezado a interesar, digamos más bien a preocupar, a los corresponsales de los diarios de la clase trabajadora. En gran medida este interés ha surgido inadvertidamente.

El aventajado corresponsal de los diarios de la clase trabajadora halló grandes dificultades en sus tentativas de describir la vida. ¿Cómo abordar el problema? ¿Cómo empezar? ¿A dónde dirigir la atención? La dificultad no es de estilo literario (ése es un problema aparte) sino que surge del hecho de que el partido no ha considerado todavía específicamente los problemas relacionados con la vida cotidiana de las masas trabajadoras. Nunca hemos abordado concretamente estas cuestiones como, en muchas

oportunidades, hemos discutido en cambio cuestiones de salarios, índices, duración de la jornada de trabajo; la persecución policial, la constitución del estado, la propiedad de la tierra, etc. Aún no hemos hecho nada semejante con respecto a la familia y a la vida privada del trabajador. Al mismo tiempo este aspecto no carece de importancia y merece nuestra atención, si no es por otro motivo por el hecho al menos de ocupar dos tercios de la vida, dieciséis de las veinticuatro horas del día. Ya advertimos en este terreno el peligro de una grosera, casi brutal tentativa de interferencia en la vida privada del individuo. En algunas ocasiones, por fortuna no muchas, los corresponsales de los trabajadores tratan las cuestiones de la vida familiar como las de la producción fabril, así, por ejemplo, cuando escriben sobre la vida de esta o aquella familia, cada miembros de la misma es llamado por su nombre. Este hábito es erróneo, peligroso e inexcusable. Un director desempeña una función pública. Lo mismo ocurre con un miembro del comité de trabajadores. Los que tienen este tipo de oficio están continuamente expuestos a la vista del público, y son objeto de libre crítica. Con respecto a la vida familiar, la situación es muy diferente.

Por supuesto, la familia también llena una función pública. Conserva la población y en parte educa a la nueva generación. Visto desde este ángulo, el estado de los trabajadores tiene todo el derecho de tomar las riendas del control y la regulación de la vida familiar en cuestiones relacionadas con la higiene y la educación. Pero el estado debe llevar a cabo con gran precaución sus incursiones en la vida familiar; debe hacerlo con gran tacto y moderación; su intervención debe tener como único fin acordar a la familia condiciones de vida más normales y dignas; debe garantizar las necesidades sanitarias y otros intereses de los trabajadores, creando de este modo las bases para generaciones futuras más sanas y felices.

Al igual que para la prensa, su incursión casual y arbitraria en la vida familiar, cuando la misma familia no manifiesta ningún interés, resulta absolutamente intolerable.

La inoportuna y grosera incursión por parte de la prensa en la vida privada de las personas conectadas por lazos familiares, que no tiene una adecuada explicación, sólo puede aumentar el grado de desconcierto general y provocar grandes daños. Por otra parte, como una información de ese tipo está prácticamente fuera de todo control, debido al carácter extremadamente privado de la vida familiar, el tratamiento periodístico de estos temas puede convertirse en manos inescrupulosas en un instrumento para ventilar asuntos privados, ridiculizar, extorsionar o realizar cualquier tipo de venganza personal.

En algunos de los artículos recientemente publicados sobre cuestiones de la vida familiar, se me ha cruzado la idea, a menudo reiterada, de que no sólo las actividades públicas sino también la vida privada de sus miembros, son importantes para el partido. Este es un hecho indiscutible. Más que nada si se tiene en cuenta que las condiciones de la vida privada se reflejan en las actividades públicas del hombre. El problema consiste en saber cómo influir en la vida del individuo. Si las condiciones materiales, el grado de cultura, los arreglos internacionales obstaculizan e impiden la introducción de una transformación radical de la vida, entonces la revelación pública de las familias en cuestión, los padres, maridos y esposas, etc., no tendrá ningún efecto práctico, y amenazará con sumergir al partido en la hipocresía; enfermedad peligrosa y que tiende a propagarse. Como el tifus, la hipocresía manifiesta diferentes modalidades. Algunas veces la hipocresía brota de las causas más nobles y de una sincera aunque equivocada atención a los fines del partido, fines, sin embargo, que muy frecuentemente son utilizados como pantalla de otros de mayor peso: intereses de grupo, de departamento o personales. Despertar mediante exhortaciones el interés público por los problemas de la vida familiar, envenenará sin duda el movimiento con el nocivo veneno de la hipocresía. Una cuidadosa investigación de nuestra parte en el dominio de las costumbres de la vida familiar, ha de tener por fin ampliar los conocimientos del partido en este terreno. Psicológicamente debe

mejorar al individuo, y favorecer una nueva orientación de las instituciones estatales, gremios y unidades cooperativas. Baso ninguna condición ha de incitar a la hipocresía. ¿Cómo bajo tales circunstancias poner a la luz las cuestiones de la vida familiar? ¿Cómo empezar?

Hay dos caminos fundamentales. El primero, por medio de artículos y anécdotas populares. Todo trabajador juicioso y maduro conserva en su memoria una suma de impresiones de la vida familiar. Estas son refrescadas por las observaciones realizadas a diario. Con este material como base podemos redactar y publicar artículos concernientes a la vida familiar como un todo, así como a sus transformaciones, o a algunos aspectos particulares de la misma, y presentar los ejemplos más contundentes sin mencionar por su nombre ni una sola familia o persona. Cuando sea preciso mencionar nombres de familias o lugares, deberán ser ficticios, de manera que ningún particular pueda ser asociado a los mismos. Conforme a este modelo, han aparecido recientemente en *Pravda* y en publicaciones provinciales, muchos artículos de gran valor e interés. El segundo método consiste en tomar a una familia real, ahora por su nombre, conforme a la figura que representa en la opinión pública. Las catástrofes que ocurren en una familia son las causas que llevan a ésta a la esfera de la opinión y juicio públicos, tales son, por ejemplo, los asesinatos, suicidios, casos legales como resultado de los celos, la crueldad, el despotismo de los padres, etc. Así como los estratos de una montaña son mejor percibidos en un desprendimiento, las catástrofes familiares ponen también en gran relieve las características comunes a miles de familias que han logrado escapar a ellas. Ya hemos mencionado, al pasar, que nuestra prensa no tiene derecho alguno a ignorar los acontecimientos que agitan precisamente a nuestra colmena humana. Cuando una esposa abandonada apela a la corte para compeler a su marido a contribuir al mantenimiento de los hijos; cuando una mujer busca protección pública a raíz de la crueldad y violencia de su marido; cuando el mal trato de los padres hacia los hijos pasa a ser asunto de consideración pública, o, viceversa, cuando los afligidos padres se quejan de la crueldad de sus hijos, la prensa no sólo tiene el derecho sino también el deber de ocuparse del asunto y arrojar luz sobre tales situaciones, en tanto la corte u otras instituciones públicas no les consagran la suficiente atención. Los hechos que han salido a la luz como resultado de un procedimiento judicial, no han sido aprovechados lo suficiente para abordar los problemas de la vida. Sin embargo, merecen un lugar especial. En un período de trastorno y reconstrucción de las relaciones personales de la vida cotidiana, el tribunal soviético debe convertirse en un importante factor en la organización de las nuevas formas de vida, así como en la evolución de los nuevos conceptos de lo justo y lo injusto, de la verdad y el error. La prensa debe continuar la acción de la corte, esclarecer y completar su trabajo, y, en cierto sentido, conducirla. Ésta proporciona un gran campo para las actividades educativas. Nuestros mejores periodistas deben preparar y divulgar una especie de folleto con material informativo sobre los procedimientos judiciales. Por supuesto los métodos usuales patentados por los periodistas quedan descartados en este caso. Necesitamos imaginación y necesitamos conciencia. Un enfoque comunista, por ejemplo, un enfoque público, amplio y revolucionario de los problemas de la familia, en ningún sentido excluye la psicología y la consideración del individuo y su mundo interior.

Citaré aquí un pequeño ejemplo de las provincias que recientemente acaba de llegar a mi conocimiento. En Piatigorsk, una muchacha de diecisiete años se pegó un tiro porque su madre le negó su consentimiento para casarse con un comandante del ejército rojo. Al comentar el suceso, el periódico local, *Terek*, termina inesperadamente su nota reprochando al comandante del ejército rojo que estuviese dispuesto a unirse a la hija de una familia tan reaccionaria. Decidí escribir una carta al editor, expresándole mi indignación, y no en defensa del comandante, a quien yo no conocía, sino para exigirle una

correcta exposición del caso. Sin embargo no tuve necesidad de enviar la carta, ya que dos o tres días más tarde apareció en el mismo periódico otro artículo sobre el tema que trataba el caso con mayor precisión. Las nuevas relaciones de la vida cotidiana deben ser construidas con el material humano que tenemos a nuestra disposición; el comandante del ejército rojo no está excluido de ese material; los padres, como es natural, tienen derecho a interesarse por el destino de sus hijos e influir sobre el mismo con su experiencia y consejo, pero los jóvenes no tienen ninguna obligación de someterse a la voluntad paterna, particularmente en la elección de sus amigos o de su cónyuge; el despotismo de los padres no debe ser combatido mediante el suicidio, sino por la reunión de los jóvenes para una acción vigorosa, por la tolerancia mutua, etc. Todo esto es muy elemental pero absolutamente cierto. No cabe duda de que un artículo de este tipo acerca del acerbo suceso que sacudió a la pequeña ciudad, contribuyó a estimular en más alto grado el pensamiento y la sensibilidad del lector, especialmente del joven lector, que las irritadas expresiones acerca de los elementos pequeñoburgueses, etcétera.

Los camaradas que sostienen que “arrojar luz” sobre las cuestiones de la vida familiar carece de importancia como “todos” sabemos, y creen que desde mucho tiempo atrás tienen el problema resuelto, se engañan de forma espantosa. Simplemente olvidan que en el aspecto político tenemos una buena proporción de terreno cultivado. Si la vieja generación, que es cada vez más reducida, aprendió el comunismo en los acontecimientos que caracterizaron la lucha de clases, la de hoy en cambio está destinada a aprenderlo y desarrollarlo en los factores de construcción de la vida cotidiana. En principio las fórmulas de nuestro programa son correctas. Nos toca a nosotros ponerlas continuamente a prueba, renovarlas, llevarlas al plano de la experiencia práctica, y extenderlas a una esfera más amplia.

El establecimiento de las nuevas bases para la renovación de las costumbres llevará mucho tiempo y requerirá mayor concreción y especialización. Así como tenemos nuestros agitadores de las masas, nuestros agitadores de los industriales, nuestros propagandistas antirreligiosos, debemos formar a nuestros propagandistas y agitadores en cuestiones de costumbres. Como las mujeres son las más desposeídas debido a sus presentes limitaciones, y la costumbre gravita con más peso sobre sus hombres, podemos presumir que en este aspecto los mejores agitadores saldrán de sus filas. Necesitamos gente entusiasta, fanáticos, individuos de horizontes suficientemente amplios, que sabrán cómo habérselas con la tenacidad de la costumbre, que traerán consigo consideraciones originales de cada particularidad, de cada detalle y pequeñez concernientes a las trabas que impone la costumbre familiar y que suelen resultar imperceptibles a simple vista. A buen seguro esa gente ha de llegar, ya que las necesidades y problemas del presente son de naturaleza incendiaria. Esto no significa que de inmediato logremos mover montañas No; no nos es posible escapar a las condiciones materiales. Sin embargo, todo ello puede alcanzarse dentro de las actuales condiciones, se logrará cuando rompamos la cárcel de silencio en que se hallan prisioneras nuestras costumbres actuales.

Es preciso acelerar la formación de los agitadores que actuarán en contra de la costumbre y facilitarles al mismo tiempo su tarea. Es urgente la fundación de una biblioteca donde se reunirá todo lo que se encuentre a mano vinculado a la vida cotidiana (los trabajos clásicos sobre la evolución de la familia y escritos populares sobre la historia de los usos y costumbres) y llevar a cabo una investigación en los diferentes aspectos de la vida diaria. También tendremos que traducir todo elemento valioso que sobre el tema haya aparecido en idiomas extranjeros durante los últimos años. Más tarde, podremos dedicar y desarrollar secciones al respecto en nuestros periódicos. ¿Quién sabe? Acaso en uno o dos años nos sea posible organizar un curso de lecturas sobre estas cuestiones.

Pero todo esto concierne sólo a la educación, propaganda, prensa y literatura. ¿Cuáles serían, pues, nuestras obligaciones en el terreno práctico? Algunos camaradas exigen la inmediata creación de una liga para la inauguración de las nuevas formas de vida. La idea me parece prematura. El suelo no está lo suficientemente preparado, las condiciones generales aún no son del todo propicias. Hablando en términos generales la creación de tal instrumento organizativo se hará indispensable de un momento a otro. No podemos darnos el lujo de esperar que todo nos venga de arriba como producto de una iniciativa del gobierno. La nueva estructura institucional debe imponerse simultáneamente en todos los ámbitos. El estado obrero es la estructura material, no la estructura misma. La importancia de tener un gobierno revolucionario en un período de transición es inconmensurable; hasta los sectores más avanzados del anarquismo revolucionario han empezado a comprenderlo, gracias a nuestra experiencia. Pero esto no significa que toda la tarea de reconstrucción deba estar a cargo del estado. El fetichismo estatal, aun cuando se trate de un estado proletario, no nos transforma en marxistas. Incluso en lo concerniente a los armamentos, dominio que compite más específicamente al estado, debimos recurrir (y con gran éxito) a la voluntaria iniciativa de los trabajadores y campesinos. La tarea preliminar en el desarrollo de la aviación fue también realizada sobre esas bases. No cabe duda de que la “Sociedad de Amigos de la Flota Aérea” tiene un gran futuro por delante. Los grupos y asociaciones voluntarias de carácter local o federal, en el dominio de la industria, la economía nacional y particularmente en lo referido a las costumbres, están destinados a desempeñar un rol de suma importancia. Ya hoy, se perfila una notoria tendencia hacia una libre cooperación de parte de los jefes rojos, periodistas, escritores, proletarios y campesinos, etc. Recientemente se ha creado una liga que tiene por fin un estudio exhaustivo de la Unión Soviética y el ulterior motivo de influir sobre lo que se ha dado en llamar el carácter nacional. Se ha pensado, por ejemplo, que tarde o temprano (más bien temprano que tarde) el Instituto de Cinematografía Estatal será apoyado por una “Sociedad de amigos del cine rojo” fundada últimamente y destinada a transformarse en una poderosa institución revolucionaria.

Asociaciones voluntarias de ese tipo sólo pueden ser bien recibidas. Marcan el despertar de las actividades públicas de diferentes sectores de la comunidad. Por supuesto, la estructura socialista es, sobre todo, una estructura acorde con un plan. No se trata de un plan *a priori* que puede verlo y abarcarlo todo, un plan preconcebido y con todos los detalles resueltos antes del comienzo de las operaciones; sino un plan que, si bien está pensado en sus elementos esenciales, es verificado y mejorado en su funcionamiento, y se va haciendo más vital y concreto a medida que la iniciativa general va evolucionando y creciendo en perspectivas. En toda la extensión del plan de estado se abre un vasto campo de actividades para asociaciones voluntarias y unidades cooperativas. Entre los muchos millones de habitantes que constituyen nuestra población hay incontables intereses, fuerzas y energías, una centésima parte de los cuales no puede ser utilizada por el estado, pero que, en cuanto se pueda hallar la fórmula necesaria para organizar sus habilidades, podrán ser utilizados para realizar un trabajo excelente, hombro a hombro con el estado. Una genuina primacía de la creatividad en la acción organizadora, especialmente en nuestro “período cultural”, debe apuntar a descubrir adecuados caminos para la utilización de las energías constructivas de las personas, grupos particulares y unidades cooperativas, y debe fundarse en el notorio incremento de las actividades independientes de las masas. Muchas de estas asociaciones voluntarias se destruirán o se transformarán, pero en general su número crecerá a medida que nuestra labor se expanda y profundice. Entre ellas, la liga para la inauguración de las nuevas formas de vida, trabajando en colaboración con el estado, los soviets locales, los gremios y sobre todo con las unidades cooperativas ocupará por cierto el primer lugar. Sin embargo, en este momento, la creación de dicha organización central

es todavía prematura. Resulta más efectivo constituir en las fábricas agrupaciones locales para el estudio de cuestiones vinculadas a la vida de la clase trabajadora, de manera que las actividades de estos grupos tengan un carácter totalmente voluntario.

Es preciso que prestemos mayor atención a los hechos de la vida cotidiana. Sería conveniente que, allí donde las condiciones materiales o espirituales ayuden a su éxito, se realicen ensayos experimentales. La extensión de los límites de un edificio de departamentos, de un grupo de viviendas, de un distrito, todo ello favorecerá el progreso práctico. Las asociaciones iniciales tendrán un carácter local. Deben darse a sí mismas tareas definidas, tales como el establecimiento para grupos de viviendas de guarderías, comedores públicos, lavanderías, etc. El mejoramiento de las condiciones materiales y una mayor experiencia permitirán un campo de actividades más amplio. Para resumir, diremos que lo que en este momento necesitamos es competencia, iniciativa y eficacia.

La primera tarea, la más profunda y urgente, es la de romper el silencio que rodea a los problemas de la vida cotidiana.

ANEXO: REVOLUCIÓN Y CULTURA

Toda clase dirigentes crea su cultura y su arte. La historia ha conocido las culturas de las sociedades esclavistas de Oriente y de la Antigüedad Clásica, la cultura feudal de la Edad Media europea y la cultura burguesa que domina actualmente en el mundo. De aquí se puede deducir aparentemente que el proletariado tendrá también que crear su cultura y su arte.

Pero la cuestión no es tan simple. Las sociedades esclavistas duraron largos siglos. La feudalidad también. La cultura burguesa, incluso datándola desde sus primeras manifestaciones impetuosas, es decir desde el Renacimiento, ya cuenta con cinco siglos a sus espaldas y sólo en la segunda mitad del siglo XIX alcanzó su apogeo. La formación de una cultura nueva alrededor de una clase dominante exige, pues, tiempo y sólo se acaba en una época precedente al declive político de esta clase.

¿Tendrá el proletariado que crear una cultura proletaria? Al contrario que los esclavistas, feudales y burgueses, el proletariado se representa su dictadura como una corta época transitoria. Cuando queremos reaccionar contra puntos de vista muy optimistas sobre la transición al socialismo, recordamos que la era de la revolución social dura años y decenas de años. ¡Pero no siglos ni milenios! ¿Podrá el proletariado crear su cultura en el lapso de tiempo que le está concedido? Desde este punto de vista son mucho más legítimas las dudas teniendo en cuenta que los años de revolución social estarán llenos de crueles luchas de clases en las que la destrucción ocupará más espacio que la edificación. En cualquier caso, las principales energías del proletariado tenderán a la conquista, conservación y utilización inmediata y vital del poder y a la continuación de la lucha. Y el proletariado no manifestará plenamente, y con el máximo de intensidad, su naturaleza de clase más que en esa época revolucionaria en la que las posibilidades de acción cultural sistemática están tan restringidas. Por el contrario, cuanto más asegurado esté el nuevo régimen contra las perturbaciones políticas y militares, mejores serán las condiciones de desarrollo para la cultura y más rápidamente se disolverá el proletariado en la sociedad socialista, perdiendo su carácter de clase, dejando de ser proletariado.

Dicho de otra forma: durante la dictadura no es cuestión de crear una nueva cultura, es decir emprender una obra de la más gran amplitud histórica. Y la cultura enteramente nueva que surgirá cuando cesará la necesidad de imponer al proletariado la armadura de hierro de la dictadura no será una cultura de clase. De esto se deduce una conclusión general: ni hay ni habrá cultura proletaria; no hay lugar para el desaliento pues el

proletariado sólo ha tomado el poder para acabar definitivamente con la cultura de clases y abrir las vías a una cultura humana. Esto parece olvidarse a menudo.

Las vagas teorías sobre la cultura proletaria, concebidas por analogía y antítesis con la cultura burguesa, resultan de comparaciones entre el proletariado y la burguesía a las que les es ajeno todo espíritu crítico. El simplista método liberal de las analogías históricas no tiene nada en común con el marxismo. No existe analogía material entre los ciclos históricos de la burguesía y de la clase obrera.

El desarrollo de la cultura burguesa comenzó algunos siglos antes que la burguesía tomase el poder político mediante una serie de revoluciones. Siendo sólo un tercer estado desprovisto de derechos, la burguesía ejercía un gran papel, sin cesar en crecimiento, en el dominio de la cultura. Como mejor puede darse uno cuenta es gracias a la arquitectura. Las catedrales góticas no fueron construidas de una sola vez, bajo el imperio de la inspiración religiosa. La catedral de Colonia resume en su arquitectura y su escultura toda la experiencia de la humanidad, desde la pintura primitiva de las cavernas; amalgama los elementos de esta experiencia en un estilo nuevo que expresa la cultura de su época, es decir en última instancia su estructura social y su técnica. La antigua preburguesía de los gremios y oficios creó el gótico. Después, habiéndose desarrollado y fortalecido, es decir enriquecido, la burguesía superó, en algunas ocasiones conscientemente, el gótico y creó su propio estilo arquitectónico que no fue el de las iglesias sino el de las mansiones particulares y palacios. Se apoyó en las conquistas del gótico, inspirado en la antigüedad (sobretudo en la arquitectura romana) y utilizó el morisco, adaptándolo a las necesidades de la nueva ciudad y creó el estilo renacentista (en Italia hacia 1425). Los especialistas pueden contabilizar y contabilizan qué elementos debe el estilo renacentista a la antigüedad y al gótico, qué influencias son las más fuertes en ellos. El estilo renacentista no surgió, aquí radica lo esencial, más que cuando la nueva clase social, ya provista de una cultura, se sintió lo bastante fuerte como para substraerse del yugo del gótico y considerarlo, igual que a los estilos precedentes, como una materia a tratar libremente, según las nuevas necesidades artísticas. Esto se aplica igualmente a las otras artes, con esta diferencia: que, más ligeras, menos dependientes de la materia y de los fines utilitarios, las artes “libres” manifiestan la dialéctica de la sucesión y de la utilización de los estilos en obras que no tienen la firmeza convincente de las que se han tallado en la piedra.

Entre el Renacimiento y la Reforma, que tuvieron como tarea procurar a la burguesía, en la sociedad feudal, una condición ideológica y política mejor, entre el Renacimiento y la Reforma, por una parte, y la revolución burguesa (francesa) por otra, transcurren tres o cuatro siglos durante los cuales la potencia militar e ideológica de la burguesía aumenta continuamente. La época de la Revolución Francesa y de las guerras que le siguieron rebaja momentáneamente el nivel de la cultura material. Pero el régimen capitalista se afirma enseguida como “natural” y “perpetuo”.

Así, la acumulación de elementos de la cultura burguesa y su cristalización en estilos, se distinguen por los caracteres propios de la burguesía, clase poseedora, explotadora. Se ha desarrollado materialmente en la sociedad feudal, penetrando a ésta de múltiples maneras, enriqueciéndose en ella; conquistó a los intelectuales dotándose así de las bases culturales (escuelas, universidades, diarios, revistas) mucho tiempo antes de tomar el poder a la cabeza del Tercer Estado. Es suficiente con recordar que la burguesía alemana, con su incomparable cultura técnica, filosófica, científica y artística, hasta 1918 dejó el poder a una casta burocrática y no se vio en la necesidad de tomarlo más que cuando el fundamento material de la cultura alemana se hundió.

Se puede objetar que a la cultura esclavista le costó milenios crearse, pero que sólo hicieron falta siglos para crear la cultura burguesa. ¿Por qué no serían suficientes para la cultura proletaria algunas décadas?

Las bases técnicas de la vida no son en absoluto las mismas hoy en día que en otros tiempos. El ritmo de las evoluciones también es más rápido. El argumento, muy fuerte en apariencia, no atañe al fondo de la cuestión. Es cierto que llegará un momento, en el desarrollo de la nueva sociedad, en el que la economía, la cultura, el arte, tendrán la mayor libertad de movimiento, de progreso. Pero no podemos librarnos al respecto más que a conjeturas fantasiosas. En una sociedad que se haya desembarazado de la acaparadora preocupación por el pan cotidiano, en la que restaurantes colectivos suministren a todos una sana alimentación, bien preparada, adaptada a la variedad de los gustos; en la que las lavanderías comunales laven bien la buena ropa de todo el mundo; en la que los niños (todos los niños) bien alimentados, con buena presencia y contentos, absorban los elementos de la ciencia y del arte como el aire y la luz del sol; en la que la electricidad y la radioactividad, en lugar de ser utilizadas como hoy en día, de forma primitiva, constituyan inagotables fuentes de energía centralizada y racionalmente gobernada; en la que no hayan “bocas inútiles”; en la que el egoísmo liberado del hombre (potencia formidable) sólo tienda al conocimiento, a la transformación y mejora del universo, en esa sociedad, el dinamismo de la cultura no será comparable a nada de lo que hemos conocido en el pasado. Pero sólo llegaremos a ello tras una larga y penosa transición que todavía está casi toda ella entera ante nosotros. Y hablamos justamente de la época de transición.

¿Pero no es dinámico el tiempo presente? En el más alto grado. Solamente que su dinamismo se concentra en política. La guerra y la revolución son dinámicas pero, en enormes proporciones, en detrimento de la técnica y de la cultura. La guerra ha suscitado numerosas invenciones técnicas pero la pobreza que causa en sus consecuencias impide su aplicación, susceptible en otros tiempos de revolucionar las costumbres. Es el caso de las aplicaciones de las energías radioactivas, de la aviación y numerosos descubrimientos químicos. La revolución allana las vías de la sociedad nueva pero lo hace con los métodos de la antigua sociedad: luchas de clases, violencia, exterminio, destrucción. Si no se produce la revolución proletaria, la humanidad se ahogará en sus contradicciones. La revolución la salva y salva la cultura pero a costa de la operación quirúrgica más cruel. Todas las fuerzas activas se concentran en la política, en la lucha revolucionaria; el resto retrocede a segundo plano y todo lo que impide la acción es pisoteado implacablemente. Este proceso atraviesa naturalmente fases de flujo y de reflujo. El comunismo de guerra es reemplazado por la Nep y la Nep a su vez evoluciona. Pero la dictadura del proletariado no es, en el fondo, la organización de la producción y la edificación de la sociedad nueva; es un orden de combate revolucionario para la nueva sociedad. Es preciso no olvidarlo.

Creemos que el historiador del futuro fijará el punto culminante de la cultura de la vieja sociedad en el 2 de agosto de 1914, cuando la potencia cultural burguesa, afectada por una súbita locura, lanzó el mundo a las llamas y la sangre de la guerra imperialista. La nueva historia de la humanidad partirá sin duda del 7 de noviembre de 1917 y las etapas principales del desarrollo de la humanidad podrán clasificarse así: Prehistoria, Antigüedad (en la que el desarrollo se produce gracias a la esclavitud); Edad Media (servidumbre); Capitalismo y explotación del asalariado y, por fin, el Socialismo con su pasaje, que hay que confiar sea indoloro, a la Comuna sin autoridad. En cualquier caso, los 20, 30 o 50 años que durará la revolución proletaria mundial marcarán en la historia una época de transición (entre dos sociedades) extremadamente penosa y no la época de la cultura proletaria.

1 noviembre de 1923

Edicions internacionals Sedov



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página web: <http://grupgerminal.org/?q=node/102>

Series de Edicions Internacionals Sedov

- Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional
- Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, Lenin 1918, III Congreso de los Soviets de toda Rusia
- Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal
- La lucha política contra el revisionismo lambertista
- León Sedov: escritos
- Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista
- Obres escollides de Lenin en català
- Obres escollides de Rosa Luxemburg en català
- Rosa Luxemburg en castellano
- Trotsky inédito en Internet y castellano
- Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España